

Enrique Arenz

# Historias de TIERRA SANTA

**La confesión de Hitler**  
y otros cuentos



EDITORIAL DUNKEN

Enrique Arenz

# Historias de TIERRA SANTA

Cuentos

**Cubierta:** Puerta de un antiguo edificio de Roma, en la calle Vicolo Cellini 18, donde el autor sitúa una escena del cuento *La confesión de Hitler*. Foto original tomada por el autor.

Correo electrónico del autor: *Enriquearenz@gmail.com*

Sitio web: <https://enriquearenz.com.ar>

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Edición en papel: 2011 (Editorial Dunken)

**ISBN** 978-987-02-5106-4

**ÍNDICE:**

PRÓLOGO: UNA NAVIDAD EN BELÉN.....	4
RELATO DE HAFAR, EL JUDÍO QUE INTENTÓ SALVAR A JESÚS.....	9
EL CELULAR DEL CURA.....	27
HERENCIA MALDITA.....	30
SETENTA VECES SIETE.....	37
EL DÍA QUE PEDRO QUIZO OLVIDARLO TODO Y DIJO: “ME VOY A PESCAR”.....	45
LA CONFESIÓN DE HITLER.....	51



## *Prólogo: Una Navidad en Belén*

*Salimos para Tierra Santa el 21 de diciembre de 2008.*

*Cinco días antes, el 16 de diciembre, había terminado la tregua entre la organización Hamás y el Estado de Israel. Hamás se negó a pactar una prórroga y reinició los disparos de misiles hacia territorio israelí.*

*El clima no podía ser más sombrío.*

*Por complicaciones en los vuelos llegamos a Jerusalén el 23 por la noche. Nos esperaban el aroma y el misterio de la antigua Judea, con sus colinas de suaves declives y sus desiertos pedregosos, que se preparaba para el oficio religioso más conmovedor del cristianismo: la misa de Nochebuena en la ciudad de Belén.*

*Es difícil expresar lo que se siente al llegar a esta ciudad milenaria. Decir que se percibe el aleteo de los ángeles en el Campo de los Pastores, o sobre la gruta de la Natividad, o en lo alto de la gran bóveda de la Iglesia de Santa Catalina, es apenas balbucear una imperfecta metáfora de las emociones intensas que se le atropellan a uno en el corazón.*

*Belén es una ciudad palestina desde el acuerdo de 1994. Su población es de algo menos de cuarenta mil habitantes, de los cuales cinco mil son cristianos. Está a escasos diez kilómetros de Jerusalén, que es la capital del Estado de Israel. Dos lugares sagrados incrustados en medio del conflicto interminable del Medio Oriente. Daniel Barenboim, el intelectual argentino judío que más hizo por reconciliar a los dos pueblos en el simbolismo de la música mediante su orquesta del Diván integrada por judíos y árabes había declarado no hacía mucho: “El conflicto entre Israel y Palestina no es un conflicto político, es un conflicto humano. Es el conflicto entre dos pueblos que sienten el derecho*

*de vivir en una misma tierra”. Y agregó contundente: “Tiene que haber una manera más inteligente de resolver esto que no sea con bombas y misiles”.*

*El 24 la tensión bélica se percibe creciente en las noticias televisivas habladas en hebreo o en árabe. La inminencia de la guerra se refleja en el preocupado rostro de los palestinos de Belén.*

*Sin embargo, es tal el clima de paz y fraternidad que predomina en la víspera de Navidad, que uno se siente aislado del peligro, como formando parte de ese mundo milenario y mágico que describen los Evangelios y el Antiguo Testamento. Los peregrinos pasean despreocupados, incluso de noche, por las callejuelas de Belén, uno de los pocos lugares seguros de Cisjordania.*

*Belén vive la Navidad todo el año, pero es en diciembre y en enero cuando se engalana para las dos grandes ceremonias: la católica, en diciembre, y la ortodoxa griega, en enero. La ciudad ilumina y adorna sus calles y comercios. Sorprende que las tradiciones occidentales hayan llegado a este rincón del mundo, desde el árbol de Navidad, las guirnaldas de luces, el acebo y hasta la figura bonachona de Papa Noel que luce sonrientes en restaurantes y comercios. Todo es alegría y expectativa. Los musulmanes de Belén comparten el espíritu festivo con los cristianos en uno de los más espontáneos gestos de convivencia y espiritualidad, valores que se conjugan casi milagrosamente en esa ciudad santa.*

*Impacientes esperamos la Misa de Nochebuena. Los padres franciscanos, que tienen la custodia de Tierra Santa desde 1347, son los encargados de organizar la emotiva ceremonia.*

*Por controles de seguridad, y debido a la gran cantidad de peregrinos llegados de todo el mundo, debimos esperar durante horas bajo la llovizna y el frío hasta que pudimos entrar en la basílica de Santa Catalina, adyacente a la gruta de la Natividad.*

*A las doce de la noche las campanas de Belén se lanzan al vuelo con rebato apasionado para anunciar que ha llegado la Navidad. Comienza*

*la Misa de Nochebuena presidida por el patriarca latino de Jerusalén, monseñor Fouad Twal, con la concelebración de todos los obispos de Israel, Palestina y Jordania. Están presentes: el nuncio apostólico, los prelados de otras iglesias cristianas, representantes de todos los credos, incluidos judíos no ortodoxos, y hasta el presidente de la Autoridad Nacional Palestina, Mohmed Abbas.*

*En los minutos previos se han escuchado en el templo todos los idiomas, se han contemplado exóticas vestimentas (como los uniformes de la Guardia Turca, las túnicas grises de los nigerianos o los vistosos kimonos de peregrinas japonesas católicas), y se ha observado el mosaico viviente de todas las etnias y todas las nacionalidades, clara demostración de la universalidad de la Iglesia Católica.*

*La Misa se oficia en árabe. Las lecturas y la homilía del patriarca se repiten en varios idiomas, incluido el español. Vibran arrolladores los acordes del Magníficat y del Gloria in Excelsis, entonados por voces maravillosas acompañadas por órgano y cuerdas.*

*Llega la Eucaristía, la multitud se arrodilla como puede, los ancianos con dificultad porque casi todos estamos parados y apretujados. Muchos fieles logran acercarse al pasillo central para comulgar. Cuando la Misa ha cumplido su liturgia llega el momento más enternecedor: el patriarca toma amorosamente al pequeño recién nacido y con él en sus brazos encabeza, junto a los prelados concelebrantes, la procesión hacia la gruta del Nacimiento. Lo preceden cientos de sacerdotes y diáconos con vestimenta blanca, que avanzan en doble fila por el pasillo central del templo cantando el impactante Adestes Fidelis (“Alegres adoremos al Niño Dios...”).*

*La procesión llega hasta la gruta donde nació Jesús. El patriarca desciende por escalinatas de piedra y deposita al niño sobre la estrella de plata que indica el lugar exacto donde la virgen María dio a luz. Toda la ceremonia es imponente y profundamente emotiva, pero el momento culminante del traslado del pequeño Dios conmueve hasta las lágrimas.*

*El 27 de diciembre comenzó el bombardeo israelí sobre Gaza. Desde los minaretes musulmanes llegan a nuestros oídos, junto a las oraciones del ocaso, las proclamas admonitorias de los almuédanos. El clima se enrarece, algunos destinos previstos en territorio Palestino se vuelven condicionales. Otros se cancelan en espera de información.*

*Se abría un nuevo capítulo de sangre y horror en ese interminable conflicto entre dos pueblos que alguna vez deberán aprender a coexistir pacíficamente en esa Tierra de Dios. El alto el fuego llegó el 18 de enero. Fueron veintidós días de combate despiadado. El saldo: 1.420 muertos, 400 de ellos niños palestinos.*

*Nuestra peregrinación terminó en Tel Aviv el 1 de enero de 2009. El contraste no pudo haber sido más sobrecogedor: mientras la sangre de tantos seres humanos teñía aún más esa Tierra Santa hollada por miles de años de guerras, ocupaciones, saqueos y destrucción de templos y ciudades, nosotros visitábamos los lugares sagrados que dan testimonio de nuestro origen cultural y espiritual: la ciudad antigua amurallada de Jerusalén, el Muro del llanto, la Capilla de la Flagelación, el Calvario y el Santo Sepulcro, el Huerto de los olivos, el Cenáculo del Monte Sión, donde se celebró la última cena y Jesús estableció la Eucaristía, la Basílica de la Agonía, en la que nuestras manos y labios tocaron la roca sobre la cual Jesús oró y sudó sangre, angustiado por los padecimientos que, como Dios que era, sabía le esperaban al hombre de carne y hueso que también era; el Mar Muerto y las ruinas de los esenios en el desierto de Qumran, el Mar de Galilea, Nazaret, la moderna Basílica de la Anunciación (donde admiramos orgullosos un bellissimo mural de la Virgen de Lujan pintado por nuestro compatriota Raúl Soldi), Caná de Galilea, donde Jesús transformó el agua en vino; el Monte Tabor, mudo testigo de la Transfiguración; Tabgha, escenario de la multiplicación de los panes y los peces; Cafarnaúm, donde se conservan los restos recientemente descubiertos de la casa de Pedro; el Monte de las Bienaventuranzas y muchos otros lugares sagrados donde cada piedra*

*y cada colina parecen decirnos que escucharon el suave roce de las sandalias de Jesús el Galileo.*

*Fueron días intensos, cargados de emoción y espiritualidad, que me permitieron escuchar, observar y anotar muchas cosas que, reelaboradas y proyectadas por mi imaginación, se transformaron en estas narraciones. Fueron pequeños sucesos, anécdotas triviales (como cierto celular que sonó en el momento más inoportuno, y que me hizo evocar, no sé por qué, la leyenda del milagro de Lanciano); fragancias, como las del pan árabe recién horneado; o sabores, como los flamígeros condimentos de las comidas típicas, sin olvidar las homilias elocuentes e inspiradoras de nuestro guía espiritual. Pues bien, he querido hacer ficción a partir de esas apasionantes experiencias, sin excluir las historias sagradas. Y me propuse hacerlo con total libertad creativa.*

*Soy católico, pero como escritor debo ser independiente, atrevido y laicista acérrimo. Ser escritor católico tiene una doble desventaja (a menos, claro, que uno sea Chesterton o Graham Greene): los críticos lo leen con ánimo prejuiciado, si es que lo leen, y los clérigos le revisan hasta la última coma. Y una cosa es segura: nadie quedará conforme. El equilibrio entre la Fe y la creación artística nunca resultó sencillo. Pero si en épocas de intolerancia extrema fue posible para artistas audaces como Miguel Ángel, Leonardo o Dante, ¿por qué no habría de serlo para cualquiera en estos tranquilos tiempos de libertad posconciiliar?*

**Enrique Arenz**

Mar del Plata, abril de 2010



## Testimonio de Hafaar, el judío que intentó salvar a Jesús

Soy Hafaar de Jerusalén, hijo de quien fuera un importante constructor al servicio de Herodes Antipas, y sobrino de un acaudalado comerciante de Tiro que pagó generosamente mis viajes y estudios.

Aprendí el latín y el griego, las matemáticas de Pitágoras y la geometría de Euclides, los asombrosos teoremas de Arquímedes de Siracusa, la astronomía heliocéntrica de Aristarco de Samos, la criba de Aristóteles y la metafísica de Leucipo y de Demócrito. Los persas me enseñaron la alquimia, y los egipcios, los secretos de la construcción.

Pero mi familia cayó en desgracia y debí huir a Cafarnaúm donde gracias a mis conocimientos pude ganarme la vida como constructor de casas.

Allí conocí a un pescador llamado Simón que me encargó la construcción de su vivienda en proximidades de una sinagoga. Este Simón era discípulo de un predicador conocido como Jesús de Nazaret o Jesús el Galileo, quien, entre otras curiosidades, se proclamaba el mesías anunciado por los profetas.

Simón era un hombre sencillo y de muy escasa instrucción, pero de corazón abierto y limpio. Ese tal Jesús le había echado sobre las espaldas graves responsabilidades en la organización de aquella suerte de comunidad religiosa.

Por de pronto necesitaba un amanuense que le escribiera sus cartas y llevara un minucioso registro de todos los hechos que rodeaban las andanzas de su maestro. Me ofreció el empleo, y yo lo acepté por una sola razón: la inquina de Herodes tarde o temprano extendería su largo brazo hasta alcanzarme, y una manera de volverme invisible era convivir con esas humildes personas.

Cafarnaúm está a orillas del Mar de Galilea y a unas tres millas de la desembocadura del río Jordán. Es una ciudad próspera, tal vez la más importante de todas las ciudades fundadas alrededor del lago, tanto que hasta tiene una aduana y una guarnición romana que en esos tiempos estaba al mando Liciastro, quien, para mi fortuna, era un agradecido amigo a quien hice favores en mis tiempos venturosos.

Cuando vi por primera vez a Jesús, éste me miró con ojos penetrantes y me preguntó por la suerte de mi familia. Conocía mi pasado y había consentido mi contratación por Simón. Le expliqué que mi tío era prisionero de Herodes y que los demás habían sido asesinados. Se mostró apesadumbrado y meneó la cabeza con los labios apretados. Desde ese día casi no volvió a hablarme.

Me relacioné amistosamente con sus otros discípulos, once, además de Simón. Eran pescadores, obreros y un recaudador de impuestos llamado Mateo. También tuve buen trato con las mujeres que los acompañaban, aunque no las recuerdo a todas: Susana, una de las más calladas, Salomé, madre de los discípulos Jacobo y Juan, las hermanas María y Marta, oriundas de Betania (siempre reñían entre ellas), la suegra de Simón, y quien era la más importante y respetada de todas, María de Magdala, bonita e inteligente, cuyos criteriosos consejos el maestro escuchaba sin el menor atisbo de orgullo o preeminencia masculina.

Mi trabajo me obligaba a permanecer siempre junto a Simón para tomar notas de todo lo que se conversaba y se resolvía en las reuniones. Como hablaban en arameo, un dialecto persa derivado del asirio, yo debía traducir todo al hebreo para que las constancias quedaran escritas en esa lengua. (Cada tanto Jesús revisaba mis notas y a veces me pedía que hiciera algunos cambios).

En esos cotidianos encuentros los doce apóstoles solían discutir acaloradamente. Los entredichos se originaban en la interpretación de las enseñanzas del maestro, o bien por el lugar jerárquico que ocupaba cada uno en el grupo, y también por los milagros que, se decía, realizaba Jesús por doquier: ciegos que veían, sordos que oían, tullidos que camina-

ban, endemoniados que se liberaban, panes y peces que se multiplicaban, ¡y hasta muertos que salían de sus sepulcros! Aclaro que yo nunca vi nada de eso, y como soy una persona culta que leyó, como dije, a los sabios de Grecia, mantuve un respetuoso pero escéptico silencio en relación con esas leyendas.

Sin duda Jesús tenía una personalidad descollante, era alto, delgado, y de imponente presencia. Su expresión era dulce y amigable, hablaba con suavidad, y al explicar su doctrina creaba metáforas ingeniosas que habrían deslumbrado al mismísimo Homero, pero en ciertas ocasiones sus rasgos se endurecían hasta el punto de atemorizar a sus interlocutores.

Tenía, sin embargo, un gran sentido del humor y hacía reír a sus discípulos con ocurrencias donosas y paradojas brillantes. Yo, que conocía las sátiras de Aristófanes, valoré en mucho esa virtud excelsa, tan ausente en el melancólico pueblo israelita.

Su prédica era hacer el bien, amar al prójimo, perdonar a los enemigos, acercarse a los leprosos y tocarlos sin temor ni repugnancia, ayudar a las viudas pobres y ser compasivos con los que sufren, y otras rarezas similares. Sostenía que a Dios se lo honraba con actos de amor y no con pompas y holocaustos. Yo nunca había oído hablar de esa manera, ni siquiera leí algo parecido en la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles, donde el estagirita describe cuál ha de ser el recto proceder de las personas de bien, pero no menciona ni el amor ni la conmiseración hacia desconocidos.

Sus palabras conmovían a las multitudes de pobres, enfermos y oprimidos que lo seguían. Tenía el temple de un líder, y tal vez haya sido un gran hombre, como lo fue hace cuatro siglos el insigne pensador Sócrates, sobre cuyas sabias enseñanzas orales escribió su discípulo Platón en varios manuscritos, algunos de los cuales llegué a leer con asombro y admiración en mis viajes por Atenas y Alejandría. Pero de ahí a que Jesús fuera el mesías anunciado por Jeremías, Isaías, Malaquías y

Miqueas, había —para mi saber y entender— un trecho tan extenso como el desierto de Judea.

Los integrantes de la secta no siempre tenían al maestro junto a ellos. Cuando estaban solos pasaban muchas horas dialogando y entreverándose en discusiones en las que no estaban ausentes las intrigas, los gritos y hasta los insultos. Había entre ellos rivalidad y celos. A Juan, que era el más joven de todos, Jesús lo distinguía como su discípulo predilecto y amado, y esto no les gustaba a los otros, sobre todo a uno llamado Judas Iscariote, un sujeto muy desagradable, huraño y a todas luces resentido y envidioso, que pretendía ser más importante que los demás por la sola circunstancia de conocer a Jesús desde niño. Por alguna razón que nunca entendí, Jesús había asignado a Judas la administración de la bolsa del grupo. Los otros parecían despreciarlo por su personalidad atrabiliaria, y hasta murmuraban que estaba poseso. Tenía la particularidad de ser tan alto y delgado como Jesús (mientras los otros discípulos eran de mediana y baja estatura), y a veces, viéndolos de lejos o de espaldas, se los podía llegar a confundir.

Sólo la presencia señorial de Jesús los aplacaba y unía en fraternal comunión. A veces se reunían de a dos o de a tres, ocasiones en que murmuraban con cierta maledicencia unos de otros, o bien cuestionaban lo que Jesús predicaba y profetizaba.

Iscariote, cuando Juan y el maestro estaban ausentes, hacía insinuaciones descalificadoras del muchacho, y también de María de Magdala. Simón lo hacía callar en el acto, ejerciendo la autoridad que le había conferido Jesús (“Tú eres *Petra*, y sobre esta piedra erigiré mi Iglesia”, le oí indicarle en presencia de todos, tácito encumbramiento a *primus inter pares*, como decían los romanos en tiempos de la República).

Con el correr de los días me di cuenta de muchas cosas. Por empezar, Simón “*Petra*” no estaba muy convencido de que Jesús fuera el mesías. Tampoco le entraba en la cabeza que su propio destino consistiera en ser la piedra basal de esa secta judía semejante a la de los ese-

nios de Qumran, con quienes había estado Jesús para purificarse, meditar y estudiar la Ley, antes de reunir a los doce.

Aquí debo hacer una aclaración importante: la diferencia que separó a Jesús de los esenios, también llamados los Iluminados de Qumran (ahora lo sé, porque al convivir décadas con ellos he llegado a conocerlos bien), fue que Jesús quería estar cerca de los pecadores, los indeseables y los débiles de espíritu, para redimirlos, enderezarlos y perdonarlos en nombre del Padre, en tanto que los esenios pretendían aislarse del mundo real para no contaminarse.

Un día que tenía deseos de desahogarse, Simón me confesó que él quería dedicar su vida a pescar y vivir tranquilo con su familia. Era feliz contemplando el crepúsculo o el amanecer desde su barcaza repleta de mújiles, sardinas y tilapias a la hora de regresar a casa. Pero una mañana estaba con su hermano Andrés reparando una red, Jesús se les acercó y les dijo: “Síguenme, ahora serán pescadores de almas”, y ahí estaba, pasando necesidades y caminando por el desierto, yendo de una aldea a otra detrás de ese galileo que insistía en que era el Hijo del Hombre. Cuando Simón regresaba a su casa, luego de largas ausencias, su esposa le recriminaba el abandono de su trabajo. Le rogaba entre lágrimas que se apartara del galileo. “¿Quién lo entiende? —repetía con lógica irrefutable—: ¡repudia el divorcio pero obliga a sus discípulos a abandonar a sus familias para ir detrás de él!”.

El pobre Simón sabía que su mujer tenía razón, pero estaba tan fascinado con la personalidad del maestro que le resultaba imposible dejar de escucharlo, admirarlo y seguirlo allí donde fuera.

En cierta ocasión el nazareno comenzó a decirles a sus discípulos y a las mujeres que se prepararan porque tendrían que ir todos a Jerusalén donde él padecería terribles tormentos en manos de los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas, y que sería muerto y que resucitaría al tercer día.

Estas inesperadas declaraciones causaron gran revuelo y desconcierto entre sus seguidores. María de Magdala fue la única que pareció

comprender el enigmático anuncio. Vi lágrimas en sus ojos, pero logró controlarse. Los hombres, en cambio, no podían aceptar ese destino que Jesús les anticipaba.

Todos se mostraron turbados y le porfiaron al maestro que eso jamás sucedería. Como dije antes, Jesús era extremadamente manso y paciente, pero cuando lo contradecían desde la tosquedad y el palabrerío hue-ro, su fuerte personalidad se alzaba trepidante. Y Simón se empecinó aquella vez en llevarle la contra. Y, ay, ante nuestros atónitos ojos Jesús se paró, golpeó la mesa con las palmas de sus manos y le gritó con voz estentórea: “¡Aléjate de mí, Satanás, Tú no eres más que un estorbo, no piensas en las cosas de Dios, sino en las banalidades de los hombres!”.

Aquí debo aclarar que en esos tiempos yo cumplía formalmente con la ley de Moisés, respetaba el Sabbat y frecuentaba la sinagoga, pero lo hacía únicamente para no crearme problemas, porque yo nunca fui lo que cabalmente se entiende por un “hombre religioso”. Creo en Dios, claro, ¿qué clase de persona no lo haría? Pero para mí los templos y sus rituales son patronatos ficticios, necesarios, no lo niego, para confortar a las mentes sencillas, para mantener al pueblo apacible y también, desde ya, para contrapesar el poder ilimitado de los gobernantes. Pero resultan insustanciales para aquellas personas cultas que, como yo, no viven ni de la política ni de los concilios.

Pero esto lo puedo escribir ahora en mi vejez porque muy pocos saben leer griego, y porque vivo oculto y apartado de mis enemigos. En otras circunstancias hacer alarde de irreverencia religiosa equivaldría a llamar a la desgracia con sonos de trompeta.

Yo trataba de cumplir mi trabajo en silencio, discretamente, sin hacerme notar mucho y sin preocuparme ni sorprenderme demasiado por las peculiaridades que escuchaba y debía luego escribir.

En sus charlas con su gente Jesús hablaba mucho de su misión, que no era, aclaraba siempre, cambiar la Ley, como lo acusaban los fariseos y los saduceos, sino interpretar y predicar el verdadero sentido de la Ley. Lo cual no dejaba de ser presuntuoso, porque, me preguntaba yo, y

aún suelo hacerlo, ¿quién era Jesús para sacudirles la silla a los príncipes del templo?

Por otra parte, eso de cargar con todos los pecados del mundo, de tener que morir para redención de la humanidad y luego resucitar de entre los muertos, eran cosas difíciles de entender para cualquiera, mucho más para quién, como yo, estudió la lógica de Aristóteles y su principio de la no contradicción.

Si hasta los habitantes de Nazaret, sus propios vecinos, repudiaron sus pretensiones. Según me contó Simón casi lo arrojan al precipicio porque un buen día Jesús, que para aquellas personas no era más que el hijo del carpintero, entró en la sinagoga, pidió el Rollo al acólito, leyó a Isaías, los miró a todos con paternal suficiencia y les dijo: “Pues bien, regocíjense, porque yo soy el enviado del que habla el profeta”. ¿Es posible imaginar tamaña impertinencia? Lo conocían de toda la vida, había crecido entre ellos, lo habían visto trabajando en el taller del viejo José, nunca hablaba con nadie, más bien caminaba solo por los alrededores desérticos, como un eremita (no sé si llegó a casarse, puede que sí, porque es costumbre que los varones lo hagan alrededor de los veinte años, y las mujeres a los catorce, y puede también que haya enviudado prematuramente) y de pronto se pone a predicar y pretende que lo reconozcan como el Mesías. Era demasiado para esa gente sencilla y cumplidora de las reglas de Moisés. Fue literalmente echado de su ciudad y no regresó jamás.

A veces mandaba a sus discípulos por distintos poblados para que se familiarizaran con la tarea que tendrían que asumir después de que él muriera y resucitara. Los hacía ir de a dos. “No vayan aún donde los gentiles ni entren a ciudades samaritanas. Primero, busquen las ovejas perdidas de Israel”, les recomendaba. No vi que aquellos sufridos pescadores y obreros hicieran esos viajes con muchas ganas, y cuando Jesús se los recriminaba, ellos se defendían diciéndole que no sabían con certeza cuáles eran sus planes. Juan, que adoraba a su maestro y nunca lo refutaba, se atrevió a increparlo una vez con estas palabras: “Señor,

no sabemos adónde vas; ¿cómo podemos conocer el camino?”. Jesús lo miró largamente con tristeza, pero esa vez no se alteró ni le contestó.

No escapaba a mi perspicacia que Jesús estaba bastante decepcionado con las cortedad de entendederas de sus doce elegidos. No ocurría eso con María de Magdala, quien no sólo parecía entender claramente la misión de Jesús sino que, siendo una persona adinerada (su familia poseía una fábrica de salazón de pescado) hasta se ocupaba de costear las pequeñas necesidades de su maestro.

Por ese tiempo se produjo un extraño episodio que nunca pude descifrar y que por años atribuí, como única explicación posible, al hechizo que Jesús ejercía sobre aquellas rústicas mentes, pero que ahora, en el final de mi vida, no puedo sino relacionar con los hechos asombrosos en los que me vi posteriormente involucrado.

Una tarde, Jesús llama a Simón, a Jacobo y a Juan y les ordena que lo acompañen hasta la cima de una colina situada en el valle de Jezreel. Simón se acerca a Jesús y le habla al oído. El maestro me mira y hace un gesto afirmativo con la cabeza. Entonces Simón me hace señas para que me sume al grupo.

El monte es alto, hay que subir por senderos pedregosos y empinados y la tarde era calurosa. ¿Para qué querrá llevarnos hasta allí?, me pregunté molesto.

Cuando estamos por llegar a la cumbre Simón me ordena en voz baja que me mantenga a cierta distancia. Me ubico unos veinte pasos atrás y sigo a los cuatro hasta el final del camino. Jesús se detiene, trepa ágilmente a un peñasco y desde allí enfrenta a sus discípulos. Yo me echo detrás de unas matas desde donde puedo observar los acontecimientos y tomar mis notas sin molestar.

Jesús se quedó parado donde estaba, en silencio, con sus brazos abiertos y las palmas de sus manos dirigidas al cielo, en actitud de oración. Los tres apóstoles, inmóviles y expectantes, permanecieron frente a él.<sup>1</sup>



No sé cuánto duró esa quietud, pero de repente los tres discípulos se agitaron como sacudidos por un rayo, levantaron sus brazos y ladearon sus cabezas como si recibieran un destello enceguecedor, o tal vez una visión insoportable, y cayeron de rodillas. Apoyaron sus manos y sus rostros en el suelo y comenzaron a temblar convulsivamente, mientras Jesús continuaba mirándolos sin moverse.

Luego Simón comenzó a divagar. Sin levantar la cabeza del suelo se dirigió a Jesús con la voz agónica de los que hablan en sueños: “¡Señor, qué lugar tan agradable es este! Uno se siente muy bien aquí. Si quieres puedo ordenarle a Hafaar que construya una casa con tres habitaciones, una para Elías, otra para Moisés y otra para ti...”

Yo no podía creer lo que escuchaba. ¿Me harán construir una casa en la cima del Tabor? ¿Está loco Simón?, pensé en ese momento en el colmo de la estupefacción; ¿Habitaciones para Elías y para Moisés, nada menos? Definitivamente, estos tipos no están en sus cabales.

Jesús bajó del risco, los tocó uno por uno en el hombro y les dijo, “No teman, todo está en orden. No cuenten a nadie la visión que han tenido hasta que yo haya resucitado de entre los muertos”.

A mí sólo me echó una mirada fría y distante. Ahí supe que conocía mi escepticismo, lo aceptaba y, lo más importante, confiaba en mi discreción y lealtad.

A los pocos días de este episodio comenzaron los preparativos para el viaje de Jesús y su gente a Jerusalén. Hablé con Simón y le recordé que Jerusalén era para mí una trampa mortal. Lo comprendió y me agradeció por mis servicios.

Le entregué los rollos de mis escritos prolijamente pasados en limpio, cobré mi salario y me despedí de todos.

No pasó mucho tiempo desde la partida, tal vez una semana, día más día menos, cuando llamó a mi puerta mi amigo Liciastro, el jefe de la guarnición romana. Recuerdo que era la Pascua y mis siervas preparaban el cordero y el ázimo para la cena. Estábamos a dos días del Sabbat.

Nos saludamos fraternalmente. Luego me preguntó:

—¿Has tenido noticias de ese tal Jesús de Nazaret?

—No desde que se fueron todos a Jerusalén...

—Me llegó un mensajero de Nicodemo, que es miembro del Consejo Judaico...

—Sí, lo conozco.

—Me ha dicho que arrestaron a Jesús y lo llevaron ante Pilatos para que lo crucifique.

—¡Crucificarlo! ¿Pero de qué lo acusan a ese buen hombre?

—El propio Nicodemo fue parte del complot para desacreditarlo ante el pueblo y luego castigarlo por blasfemo. Pero Caifás y Anás han ido más lejos, lo quieren muerto, pero como la blasfemia no es para Roma un delito que se castigue con la pena de muerte, lo han acusado calumniosamente de conspirar contra la autoridad romana. Ante este giro canallesco Nicodemo se ha arrepentido y ahora trata de ayudarlo, él creé que tú podrías aportar algún testimonio en su favor...

—¡Pero yo soy un fugitivo de Herodes!

—No te preocupes por eso, Nicodemo te garantiza el salvoconducto y el indulto de la autoridad romana para ti y para tu tío si vas conmigo hoy mismo a Jerusalén para que el propio gobernador escuche tu opinión acerca de ese predicador.

—¿Deberé testimoniar ante Pilatos?

—Sí, pero reservadamente. Pilatos ya lo interrogó a Jesús y escuchó una sarta de falsos testimonios contra él. Dijo que no veía ninguna culpa en el galileo, y se lo mandó de vuelta a Caifás sugiriéndole que lo lleve ante Herodes Antipas que aunque reside en Jerusalén tiene jurisdicción sobre Galilea. Pero el tetrarca ha respondido que no es él sino el procurador romano quien debe hacer cumplir las sentencias del Sanedrín. Así que, vuelta a llevar a Jesús ante Pilatos. Entretanto, parece que al desdichado lo han humillado, maltratado y golpeado como a un delincuente.

Nos embarcamos enseguida en el puerto de Cafarnaúm y navegamos por el Mar de Galilea y después por las aguas del Jordán hasta la desembocadura en el Mar Salado. Allí nos esperaban soldados romanos

con dos carros veloces para que fuéramos sin pérdida de tiempo hasta Jerusalén.

En menos que se arrodilla un camello, me encontré en la Pretoría de Roma, ya cayendo la noche, delante del mismísimo Lucio Poncio Pilatos. Estaban presentes, además de mi amigo Liciastro, Claudia, la joven esposa del procurador, Nicodemo y el primer centurión de Palestina llamado Cátulo Fulvio. El procurador fue directo al asunto:

—Amigo Hafaar, el problema que tenemos es el siguiente: Caifás y el Sanedrín en pleno, con excepción de Nicodemo, aquí presente, que es un hombre justo, han condenado a muerte a Jesús, pero yo no veo que ese inofensivo predicador haya cometido crimen alguno.

—Tu criterio es sabio y justo— dije con alguna obsecuencia.

—Tú trabajaste para uno de sus discípulos. Dime solamente a mí, y sin ningún temor, qué clase de persona es ese galileo. Quiero estar seguro de mi intuición.

—Procurador, yo estoy convencido de que es un hombre bueno que predica el amor y la misericordia entre las personas.

—Pero me aseguran que pretende ser el rey de los judíos. Cuando se lo pregunté ¿qué crees que me contestó, el muy arrogante?: “Tú lo has dicho por mí”.

—Es que él no desea eludir la muerte. Siempre sostuvo que debe morir para redención de la humanidad, de acuerdo con lo que dicen las Escrituras, y que luego resucitará de entre los muertos para establecer la nueva Alianza. Está buscando su martirio.

—Pero ¿y lo de ser el rey de los judíos, para liberarlos de... la opresión de Roma? Dijo que se ha cumplido el plazo, y que llega el reinado de Dios. Eso suena muy sedicioso.

—Nunca oí semejante cosa. Jamás. Al contrario, él siempre repetía que su reino no era de este mundo; incluso aconsejaba pagar los impuestos a César.

—¿Y qué hay de que dijo que el esclavo es igual al emperador? Un esclavo es un esclavo...

—Tal vez se refería a la misericordia de Dios, que no hace diferencia entre las personas. Él buscaba siempre las figuras retóricas de gran contraste para confortar a los desdichados...

La esposa de Poncio Pilatos intervino en la conversación:

—Te lo dije, pero no quisiste escucharme. Los sacerdotes le tienen envidia porque la gente lo escucha y lo sigue. Además lo odian porque los ha tratado de hipócritas y de sepulcros blanqueados: vistosos por fuera pero infectados de gusanos por dentro. Ese Caifás es una hiena que haría lo mismo con nosotros si pudiera. No mandes matar a ese galileo porque he tenido horribles sueños por causa de esta injusticia.

Recordé en ese momento las palabras del romano Marco Tulio, conocido como Cicerón, refiriéndose a nosotros los judíos: “Raza abyecta, nacida para la servidumbre”. Sin duda los romanos nos odiaban, y los judíos los aborrecíamos a ellos. ¿Qué estaba haciendo yo en ese lugar?

—Pero, mujer, es que no veo la forma de salvarlo. Le ofrecí al pueblo su liberación con el pretexto de la tradición pascual. Para asegurarme de que optarían por él lo puse al lado del peor reo, Barrabás, que es un asesino odiado por el pueblo, pero, ustedes lo vieron, la gentuza llevada por Caifás gritaba: ¡Barrabás, Barrabás! ¿Qué otra cosa puedo hacer? Caifás hasta me advirtió que, de ser necesario, recurriría a Vitelio, el gobernador de Siria, quien podría ordenarme ir a Roma para ser juzgado por deslealtad a César...

—¿Cuál es la situación actual de Jesús? —interrumpió Nicodemo que hasta entonces no había hablado.

—Yo ordené que lo azoten mañana temprano. El pobre la va a pasar mal porque mis instrucciones fueron de extremo rigor y mis hombres saben hacer este trabajo con oficio y mucho placer, pero mi intención es que el castigo sea tan duro que aplaque a sus enemigos y me permitan luego dejarlo en libertad. Sin embargo sospecho que Caifás y sus secuaces no se conformarán con la zurra y me van a exigir la crucifixión. Desde ya les digo que si eso ocurre no estoy en condiciones de oponerme. Si estos sujetos provocan una revuelta y vuelve a correr sangre en

Judea, César no me lo tolerará. Ya me hizo una severa advertencia. En fin... ¿Qué proponen ustedes? <sup>2</sup>

—¿Dónde está él ahora? —pregunté

—En un calabozo, en el ergástulo de los esclavos, debajo del torreón noroccidental —contestó Pilatos.

Un murmullo en el extremo de la sala atrajo nuestra atención. Vimos al centurión Cátulo escuchando atentamente a un oficial que le informaba alguna novedad importante. Cátulo regresó inmediatamente a la reunión.

—Encontraron el cuerpo de Iscariote, el entregador —informó—: se ahorcó en Getsemaní.

—¿Entregador...? ¿Judas lo entregó a Jesús? —pregunté en el colmo de la incredulidad.

—Sí, le pagaron para eso —dijo el gobernador—. Parece que este galileo no ahorró esfuerzos para hacerse odiar por todos. No dejó estatua en su pedestal.

Un sudor frío me corrió por el espinazo. Recordé que una vez Jesús había hecho alusión elíptica a la supuesta atracción concupiscente de Poncio Pilatos por los impúberes. Según habían comentado sus propios esclavos, Pilatos acostumbraba a bañarse desnudo en compañía de efebos y niños pequeños. Jesús, en un discurso que yo relacioné instantáneamente con este hecho aberrante tan comentado por toda Judea, advirtió con inusitada severidad que “a quien escandalizara a uno solo de mis pequeños, más le valdría que le ataran al cuello una rueda de molino y lo arrojaran al mar”. A esos esclavos habladores Pilatos les hizo cortar la lengua.

¡Ni Pilatos había escapado a las amonestaciones de Jesús! Era una suerte que ni el procurador ni el Sanedrín se hubieran enterado de esas palabras que Jesús pronunció en su círculo íntimo.<sup>3</sup>

Se hizo un prolongado silencio.

—Gobernador, tengo una idea —dije. Todos me miraron—. Yo, siendo casi un niño, participé con mi padre en la construcción de los ca-

labozos de esa parte de la fortaleza, precisamente bajo el segundo torreón. Conozco el acceso a unos túneles secretos que conducen hasta las cercanías del Mar Salado.

—¿Túneles secretos en la fortaleza Antonia? —preguntó pasmado el gobernador—. No es posible, si yo he recorrido cada rincón de este lugar.

—Las mandó construir tu antecesor, Valerio Graco, como sistema de escape, aunque nunca se llegó a utilizar. El acceso quedó olvidado y mi familia mantuvo la debida reserva.

—Me has sorprendido, Hafaar. Pero continúa, ¿cuál es tu idea?

—¿Tienen el cadáver de Judas? —pregunté.

—Está en el patio de la fortaleza, en un carro de la guardia— contestó Cátulo.

—Bien —continué—, hacemos esto: liberamos a Jesús, ponemos en su lugar el cuerpo de Judas, que tiene similar contextura física, al que habría que golpear un poco en la cara para hacerlo irreconocible, y que mañana, cuando tus soldados vengán a buscarlo, lo encuentren muerto. Todos creerán que se trata de Jesús que murió durante la noche. Al verdadero Jesús lo sacamos por el sistema de túneles. Luego él puede buscar refugio entre sus amigos los esenios, los pocos que me han dicho quedan todavía allí después del reciente sismo.

Poncio Pilatos se quedó mirándome y pensando. Al rato dijo:

—¿Sabes que la idea no es mala? La apruebo, pero debe quedar entre nosotros —me puso una mano en el hombro y me dijo—: Hafaar, vas ahora mismo con Cátulo, Liciastro y un par de oficiales de absoluta confianza hasta el ergástulo para liberar a Jesús de acuerdo con tu plan. Actúen sin pérdida de tiempo y luego vienen a informarme, a la hora que sea, me quedaré levantado.

Lo primero que hizo Cátulo fue retirar a los tres guardianes del ergástulo a quienes ordenó patrullar el exterior del Torreón. Luego buscó a dos legionarios de su confianza. Los cinco bajamos a las irrespirables mazmorras apenas iluminadas por antorchas sujetas a las paredes. Los

oficiales arrastraron el cuerpo maloliente de Judas. Llegamos hasta la celda donde Jesús con su rostro penosamente lastimado permanecía de pie encadenado a los orificios de una de las paredes rocosas. Cátulo abrió los grilletes y lo hizo salir de la celda mientras los dos oficiales ingresaban el cuerpo de Judas y se disponían a desfigurarle y a encadenarlo en el lugar de Jesús. Nos alejábamos rápidamente de la celda cuando escuchamos los puñetazos ahogados y hasta un débil gemido característico de los cadáveres que exhalan aire retenido. Yo hallé rápidamente las sinuosidades rocosas que disimulaban el acceso a la red de túneles.

Tomé una antorcha y conduje a Liciastro y a Jesús a través de esas vías de escape. Jesús, sin decir una palabra, siguió las indicaciones que le dábamos. Caminamos mucho tiempo por estrechos y húmedos pasadizos, siempre en declive, hasta que volvimos a sentir el aire fresco cargado de olor salitroso.

Cuando salimos a cielo abierto le dije a Jesús:

—Caminando toda la noche hacia allá encontrarás el Mar Salado. Bordeándolo hacia la izquierda podrás llegar hasta donde están algunos de tus amigos esenios. Mantente oculto entre ellos. Adiós y buena suerte.

Jesús no pronunció una palabra. Nosotros regresamos por donde vinimos, por precaución sellamos el acceso apilando varias rocas y verificamos que el cadáver de Judas, con la cara machucada y ensangrentada, estaba amarrado a la pared de la celda.

Cátulo repuso a los soldados de guardia y nosotros volvimos a reunirnos con Poncio Pilatos, quien nos había hecho servir la cena.

—Todo salió perfectamente —comentó aliviado Cátulo.

—Bueno, dormiré tranquilo. En cuanto a ti, Hafaar, serás recompensado por tus servicios.

Esa noche dormí en el palacio de Poncio Pilatos. Cómo estaría de complacido conmigo el pretor de Roma que hasta me envió una esclava joven para que mi descanso fuera plácido y relajado. El sol estaba ya al-

to cuando me despertó bruscamente Liciastro. Pálido y agitado, exclamó:

—¡Están flagelando a Jesús!

—¿A Jesús? ¿Pero cómo lo atraparon?

—No lo creerás, pero los soldados que lo fueron a buscar lo encontraron en su celda.

—Eso es imposible, nosotros mismos lo liberamos y lo llevamos a través del túnel. ¿Qué sucedió?

—No lo sé. Poncio todavía no se enteró porque ordenó que no lo despertaran. Yo me las arreglaré para afrontar las consecuencias de este inexplicable fracaso, pero tú que eres judío correrás con desventaja, será mejor que escapes lo más lejos posible.

No había tiempo para discutir ni analizar nada. Rápidamente me puse en camino para Cafarnaúm de donde recogí algunas de mis cosas y huí a Sidón.

Allí me llegaron las noticias de la muerte de Jesús en la cruz. Como mi curiosidad era más fuerte que mi prudencia, años más tarde fui hasta el Mar Salado y me presenté en la ya reconstruida fortaleza de los esenios.

Me recibieron con desconfianza. Les pregunté si Jesús de Nazaret había estado allí. Uno dijo algo sobre un galileo desconocido que recordaba haber visto y que respondía a mis descripciones, pero otro que se presentó como el jefe de la comunidad lo hizo callar y me aseguró que no conocía a Jesús, y que nadie con ese nombre y señas había estado nunca allí, y que ellos sólo se dedicaban a escribir, meditar y orar. Los demás hicieron silencio y bajaron la cabeza.

No insistí. Sabía que no obtendría ninguna información de esos puritanos llamados a sí mismos Hijos de la Luz, para quienes todo en la vida es un secreto que debe ser celosamente ocultado a los “hijos de las tinieblas”, según catalogan al resto del mundo.

Como yo no sabía adónde ir, le rogué al jefe esenio que me aceptara como amanuense. Accedió después de hacerme varias preguntas y eva-



luar mi erudición. Necesitaban urgentemente un traductor del arameo y el hebreo al griego, y yo podía hacer ese trabajo. Me asignaron una pequeña celda y un lugar en el escritorio.

Pasaron los años. Yo me quedé aquí transcribiendo los textos sagrados en largos rollos de piel. Cada tanto me purifico en el agua mugrienta de la piscina para cumplir con sus ritos sencillos y dejarlos conformes.

Ahora me han dicho que se acercan las legiones romanas al mando de Tito para reprimir una rebelión en Jerusalén, y que debemos ocultar nuestros escritos en grutas de las colinas cercanas. Aunque hay mucho nerviosismo, todos confían en que Dios nos protegerá, porque, dicen convencidos: ¿no somos acaso el pueblo elegido? Yo que conozco bien a los romanos sé que ninguno de nosotros llegará a ver otro verano, así que me apresuro a terminar esta crónica. Sólo espero que una certera espada romana me proporcione una muerte piadosamente rápida.

Han transcurrido treinta y cinco años desde que ocurrieron aquellos hechos. Nunca supe qué pasó con Jesús luego de que lo sacamos de la fortaleza, cómo regresó a la celda, si es que regresó, ni qué hicieron con el cadáver de Judas.

Se acerca el momento en que conoceré por fin el misterio de la eternidad. Sabré entonces si ese galileo locuaz, inteligente y provocador era realmente el Hijo de Dios como aseguraba.

Si esa hipótesis se llegara a confirmar, si en verdad él fue el Mesías, sólo espero un don de su infinita misericordia: que valore la buena intención de mi corazón cuando procuré ayudarlo a escapar de la cruz, y que no juzgue a esa acción como un temerario intento de torcer la Voluntad de su Padre.

#### NOTA DEL AUTOR

En 1947 el pastor beduino Mohamed Ebid estaba buscando una cabra perdida en una colina del sector occidental del Mar Muerto cuando se encontró con el agujero de una cueva. Temiendo que su cabra hubiese caído allí, arrojó una piedra para calcular la

profundidad del hueco. Oyó el ruido de algo que se rompía, se asustó y se fue. Al día siguiente regresó en compañía de su primo para explorar la gruta. Allí encontraron ocho vasijas de barro, una de ellas rota, que contenían rollos de cuero, y algunos de cobre, prolijamente atados. Desilusionados porque en las jarras no hallaron ni una moneda de oro, y sin sospechar que habían hecho el descubrimiento arqueológico más importante del siglo, los pastores decidieron llevarse los rollos para tratar de venderlos. Pero como era una mañana muy fría, decidieron encender una fogata para calentarse. No hay leña en el salvaje desierto de Judea, así que usaron uno de los rollos como combustible.

Los otros rollos pasaron por varias manos y hoy se conservan en el museo del Libro de Jerusalén: son los mundialmente famosos **Rollos del Mar Muerto**.

El rollo que los pastores quemaron aquella mañana es justamente el que ustedes acaban de leer. ¿Que cómo lo sé? ¿Y para qué soy escritor...?

## NOTAS DEL EDITOR

<sup>1</sup> Este episodio coincide con la descripción de la *Transfiguración de Jesús* que hacen los Evangelios de Mateo, Marcos y Lucas.

<sup>2</sup> En este punto hay una discrepancia con la cronología de los hechos narrados por en los cuatro Evangelios canónicos. Según esos documentos Jesús fue arrestado el día de la Pascua judía, por la noche (jueves para nosotros) y juzgado ese mismo día por el Consejo Judaico. Al día siguiente (viernes, para nosotros) fue llevado primero ante Pilatos, luego ante Herodes y nuevamente ante Pilatos, quien lo hizo azotar y luego ordenó su crucifixión que se consumó ese mismo día (anterior al Sabbat). En el presente relato, en cambio, parecen haber transcurrido más días desde el arresto de Jesús hasta su muerte en la Cruz.

<sup>3</sup> Llamativamente, uno de los Evangelios apócrifos conocido como el *Evangelio de la muerte de Pilatos*, relata que a raíz de la crucifixión de Jesús, Tiberio hizo arrestar y conducir a Roma a Poncio Pilatos. El emperador lo condenó a muerte e hizo arrojar su cuerpo a las aguas del Tíber, **atado a una gran rueda de molino**. Se habría cumplido así la profecía de Jesús con relación a las prácticas pederastas del funcionario romano. Sin embargo la historia no registra fehacientemente este suceso.

## El celular del cura

El sacerdote franciscano Marcos Silva, colombiano de treinta y cinco años, recibió la noticia con la imaginable conmoción. Los médicos de la Orden detectaron en su cerebro una rara forma de neoplasia que no era operable ni respondía a tratamiento conocido alguno. A lo sumo le quedaban dos años de vida, y su final no sería ni rápido ni fácil.

Consultó a varios especialistas en Roma y todas las respuestas fueron coincidentes. Pidió a sus superiores que lo trasladaran a Tierra Santa para terminar allí sus días. Le concedieron su deseo.

En Jerusalén llevó una vida calma. No le exigían nada, sólo debía confesar, dar misa y guiar a pequeños grupos de peregrinos, si es que tenía voluntad de hacerlo.

Trató de no derrumbarse, de aceptar la voluntad de Dios y de cumplir lo mejor posible su misión pastoral.

La vocación religiosa lo llamó desde muy chico. Sus padres lo apoyaron y lo mandaron al seminario. ¡Qué orgullosos estaban cuando se ordenó en la catedral de Bogotá!

Luego vinieron los viajes por el mundo y los estudios avanzados en el Seminario de Roma (eligió el doctorado en derecho canónico) que aún no había terminado, con la mira puesta en una carrera ascendente dentro de la maravillosa estructura de la Iglesia Católica, donde los curas inteligentes y estudiosos como él, subían paso a paso por los peldaños dorados que conducen a reconocimientos, cargos y dignidades.

Ahora todos esos sueños se habían desintegrado. Una inesperada rebeldía interior le gritaba de pronto que era demasiado joven para resignarse a morir. “No me está pasando a mí, no puede estar pasándome esto a mí”, se decía confundido y angustiado.

Su fe comenzó a debilitarse.

En Tierra Santa recibía de la Orden frecuentes llamadas telefónicas en las que le preguntaban si se sentía con ánimo para acompañar a algún contingente de peregrinos, u oficiar misa en determinado templo. Él siempre accedía porque no quería ser una carga antes de tiempo, y también porque estar activo lo equilibraba emocionalmente.

Pero lo alarmaba el deterioro progresivo de su fe, tan honda e in-conmovible siempre. Primero lo atormentó un raro rencor hacia los designios de la Providencia; después fue una inédita sensación de soledad y desamparo.

Finalmente comenzó a dudar de la existencia misma de Dios, al menos de ese Dios personal, cercano a cada uno de nosotros, ese Dios que nos escucha y nos consuela: Jesús, el Dios de los cristianos que él mismo describía fervorosamente en sus homilías.

Hizo todo lo posible para volver a creer. Sabía que sin una fe sólida, no podría mantenerse en pie ni afrontar sus últimos momentos. Pero fue inútil. Con su declinación física, la fe se le había ido desmoronando a pedazos.

Con el tiempo sus síntomas se agravaron. Las intensas jaquecas y los picos de fiebre lo invalidaban a veces durante semanas.

Una mañana lleva a unos pocos peregrinos a la basílica de la Anunciación, en Nazaret, donde deberá celebrar una misa. Se reviste en la sacristía y se dirige al Altar. Mientras sombríos pensamientos le dicen que su vida ha perdido todo su sentido y significación, observa a lo lejos, en los últimos reclinatorios del templo casi vacío, a cinco mujeres musulmanas que unen sus oraciones en veneración de la Virgen María. Su desánimo se profundiza ante aquella demostración de fe.

Da comienzo a la ceremonia. No puede concentrarse. Sus gestos y palabras son automáticos, casi rutinarios, no hay devoción en su expresión ni en sus ademanes. Llega el momento de la Eucaristía. Los fieles se arrodillan e inclinan la cabeza. En medio de la consagración y cuando

el sacerdote se dispone a elevar la hostia para la transubstanciación se oye el sonido insistente y penetrante de un teléfono celular. ¡Es su propio celular! En su desasosiego, el padre Marcos ha olvidado el acto reflejo de apagarlo antes de cada misa.

El sacerdote interrumpe el solemne ritual y busca en el bolsillo de su pantalón el diminuto objeto. Los peregrinos que han sido sorprendidos por el hecho esperan que lo apague de inmediato. Pero para sorpresa de todos no lo hace, al contrario, se queda varios segundos estáticos, leyendo aparentemente un mensaje de texto.

Por fin lo apaga y lo regresa a su bolsillo.

Él ha quedado tan confundido como los fieles que aún permanecen de rodillas y hacen movimientos de incomodidad. Vuelve a la ceremonia interrumpida. Eleva la hostia y pronuncia la fórmula sacramental. Está conturbado, no siente la emoción de antes al producir este acto trascendental del sacerdocio. Piensa en San Francisco de Asís que ardía de amor hacia la Eucaristía, con todas las fibras de su ser y tan lleno de estupor que su actitud mística, llevada más allá de todo límite, conmovía a los demás participantes. Lo sacude el inevitable contraste: ¡él ni siquiera puede ya sentir la presencia viva de Cristo!

Y fue en ese momento cuando sucedió.

Al partir la Hostia consagrada, una gota roja brotó de la grieta y se deslizó suavemente por sus manos.

## Herencia maldita

En 1982 Ruth Eilsmann era una joven judía de diecinueve años que estudiaba Ciencias Exactas en la Universidad Ben Gurión de Tel Aviv. Sus padres vivían en Jerusalén y pertenecían a una comunidad religiosa ortodoxa.

Una noche, un sujeto armado con un cuchillo la esperó en la escalera solitaria del edificio donde vivía y la violó. Durante días Ruth permaneció encerrada en su departamento, asustada y abatida.

Se esforzó por retomar el curso de su vida normal, volver a la universidad y frecuentar a sus amigos y compañeros de estudio. Poco a poco fue superando las secuelas de su desventura, hasta que descubrió que estaba embarazada.

Desesperada, habló con sus amigas y éstas le recomendaron que abortara. En Israel el aborto es legal en los casos de violación, y esta solución no representa para los judíos un problema religioso ya que el Talmud establece que el feto es parte del cuerpo de la madre hasta el momento del alumbramiento. Con el primer grito, la criatura recibe de Dios el *neshamá*, o alma, y adquiere los atributos y derechos de un ser humano.

Ruth regresó a Jerusalén para hablar con sus padres.

El mundo tembló alrededor de aquellas buenas personas que vivían nada más que para honrar a Dios. Su padre lloró desconsolado y su madre estuvo a punto de enfermarse, pero con la ayuda de un rabino se serenaron y trataron de confortar y aconsejar a su hija. No había otra opción que interrumpir el embarazo.

Ruth estuvo de acuerdo. Les pidió que no se preocuparan porque ella tenía amistad con un médico de la universidad que sabría orientarla. Regresó a Tel Aviv.

Si bien sus padres no se planteaban ningún cuestionamiento de conciencia, Ruth no pensaba de la misma manera. Era una mujer culta que estudiaba ciencias y estaba familiarizada con los estudios genéticos preliminares que años más tarde culminarían en el Proyecto Genoma humano desarrollado por los catorce países más avanzados del mundo que tras diez años de investigación probaron lo que muchos científicos ya sostenían: que la vida humana se inicia en la concepción. Sabía, por lo tanto, que esa vida latente ya tenía todos los componentes genéticos para determinar las características físicas y caracterológicas del futuro ser humano. No era para ella una cuestión religiosa, era un dilema ético basado en conocimientos científicos objetivos.

En Tel Aviv fue a visitar a una amiga católica para pedirle consejo. La amiga no anduvo con vueltas:

—El aborto es un crimen abominable a los ojos de Dios —le dijo—. Ya hay en tu matriz un niño que tiene derecho a la vida. No debieras siquiera pensar en la alternativa de interrumpir el embarazo.

—¿Y qué puedo hacer? No estoy dispuesta a criar un hijo nacido de una experiencia personal tan espantosa.

—Por supuesto que no —asintió su amiga—, eso es comprensible, pero hay otra solución. Das al niño en adopción, desde ahora. La familia que lo adopte se hará cargo de tus cuidados médicos y del parto, y se lleva al niño sin que tú lo veas.

—¿Y eso cómo se hace?

—Mira, conozco una organización católica que se ocupa de estos casos. Es una congregación de monjas que te ayudarán sin que tu condición de judía sea ningún problema. Allí no preguntan a nadie en qué cree o deja de creer, las monjitas sólo tratan de salvar vidas de niños por nacer y darles un hogar. Es gente maravillosa.

Ruth no tardó mucho en dejarse convencer. Llevada por su amiga se puso en manos de la congregación. Cuando sus compañeros se enteraron de lo que le sucedía la apoyaron con admiración y demostraciones de solidaridad. Sus padres, inicialmente desconcertados, terminaron

aceptando su decisión y la ayudaron en todo. Mientras avanzaba su embarazo siguió estudiando y rindiendo sus exámenes.

El parto fue normal, nació un varón que ella no vio pero cuyo llanto escuchó como un gemidito débil que se alejaba mientras se lo llevaban rápidamente de la sala.

Ruth se graduó y se puso de novia con un profesional de Tel Aviv a quien puso al tanto de todo lo que le había sucedido. Dos años después se casaron y decidieron residir y trabajar en Jerusalén.

Pasaron veinte años. El matrimonio tuvo dos hijas que ya se habían casado. Una de ellas estaba embarazada. Ruth daba clases en la Universidad Hebrea de Jerusalén.

Un día, al retirarse de la casa de estudios, un joven muy educado y tímido se acerca a ella y le pregunta si es la doctora Ruth Eilsmann.

—Sí, y tú ¿quién eres?

—Me llamo Simón Hernández, soy hijo de españoles radicados en Tel Aviv. Mi padre es gerente de una compañía financiera...

—Mucho gusto —Ruth le estrechó la mano—. ¿Estás estudiando en Jerusalén?

—No, yo estudio en Tel Aviv...

—Ahá...

—Yo, sólo quería... conocerla, doctora... —el muchacho se había ruborizado y miraba hacia abajo.

—Bien, me siento halagada, pero no entiendo...

—Doctora, estuve buscándola... usted... es mi madre biológica.

El sobresalto le aceleró el corazón pero no la sorprendió porque siempre supo que ese momento podía llegar. El joven había hecho un esfuerzo para levantar la vista y ahora la miraba con ojos bondadosos, llenos de timidez. Ruth reconoció en esos ojos al hijo que nunca vio y que había parido hacía ya veintidós años. No había olvidado el débil llantito que escuchó antes de que lo apartaran definitivamente de ella.

Los dos quedaron en silencio, confundidos, indecisos. Finalmente Ruth lo invitó a tomar un café en un bar de las inmediaciones.



Simón le contó que siempre supo que era hijo adoptivo. Cuando tuvo veinte años quiso conocer a su madre biológica, y como sus padres ignoraban toda referencia sobre ella decidió salir a buscarla.

Empezó por el primero y único eslabón conocido: la institución que había tramitado su adopción. Naturalmente en la congregación no le dieron ninguna información por las reglas de confidencialidad y reserva absoluta con que se deben canalizar estas adopciones.

Pero Simón estaba dispuesto a llegar hasta su madre. Se relacionó amistosamente con empleados y autoridades de la institución católica y se ofreció como voluntario para ayudarlos en lo que pudiera ser útil. Tratándose de un joven católico a quien la congregación había salvado, le tomaron afecto y confianza. Finalmente, al cabo de mucho tiempo y paciencia, alguien, compadecido por la ansiedad y la determinación que demostraba Simón, le dio reservadamente los escasos datos que se guardaban en los archivos, apenas el nombre y apellido de soltera y fecha de nacimiento de quien era su madre biológica.

La buscó en Tel Aviv y en varias ciudades durante el tiempo que le permitían sus estudios, hasta que la pesquisa lo condujo a Jerusalén.

Cuando Simón terminó de contar el esfuerzo que hizo durante dos años para encontrarla, Ruth estaba llorando en silencio.

—No quiero hacerle daño, doctora...

—No me digas doctora. Por ahora llámame Ruth.

—Estaba obsesionado por conocerla y saber por qué me había abandonado...

—No, pero...

—Está bien, Ruth, finalmente lo supe. Usted fue violada y se negó a abortarme. Eso fue maravilloso, increíble; ahí supe qué buena persona que es. Míreme, Ruth, poseo una vida llena de ilusiones, tengo una novia, pronto me recibo de doctor en biología y mis padres adoptivos han sido extraordinarios. Y todo gracias a usted, Ruth.

—¿Por qué gracias a mí?

—Pudo eliminarme, y habría estado en todo su derecho.

—Sí, es verdad, siempre pensé que Dios me iluminó cuando decidí darte en adopción. Ahora lo compruebo. No sabes qué feliz me siento.

Ruth llevó a Simón a su casa para que lo conociera su esposo. Llamaron a sus hijas y le presentaron al hermano ignoto de cuya existencia ellas jamás habían tenido noticias. Se quedó un par de días en la casa contando a todos su vida y sus proyectos futuros.

Cuando se despidió prometió volver con sus padres adoptivos. Lo hizo varios meses después. Trajo también a su novia.

Pero esta vez Ruth lo notó cambiado. Mientras todos hablaban, reían y comentaban sus cosas, él permanecía taciturno, como preocupado y ensimismado. La percepción de Ruth se confirmó cuando el muchacho le pidió hablar a solas. Con su habitual timidez, algunas vacilaciones y leves tartamudeos, le dijo que quería saber quién era su padre.

—Sólo sé que era un marroquí por el acento. No tengo la menor idea de su nombre o domicilio. Jamás volví a verlo. Pero, no te entiendo, Simón, ¿para qué quieres conocer a ese sujeto?

—Para decirle en la cara que me avergüenzo de ser su hijo.

—No tiene sentido, Simón, es mejor que no sepamos jamás quién es y dónde está en este momento.

Cuando Simón se convenció de que su madre no tenía el menor indicio sobre la identidad y el paradero de su violador, no insistió, y para tranquilizarla le prometió que no intentaría descorder ese velo.

Pero secretamente siguió buscando a su padre.

Un dato suelto lo llevó a otro y éste a otro, hasta que logró conocer el nombre y el apellido del marroquí que había violado a su madre. Se llamaba Sami Awahad y estaba purgando en El Cairo una reclusión perpetua convicto de violaciones y homicidios.

Con el pretexto de investigar un asunto arqueológico para completar su tesis sobre herencia y ADN, viajó a Egipto con una carta de presentación del Ministerio de Cultura de Israel que le consiguió uno de sus profesores. Luego de vencer varios obstáculos burocráticos, logró que le permitieran entrevistarse con el peligroso asesino.

Cuando tuvo al marroquí delante de él, rejilla de seguridad por medio, vio unos ojos hundidos, opacos y muy juntos que lo contemplaban desde una cabeza calva inclinada hacia un costado. Con una mueca entre abúlica e indiferente el sujeto le preguntó qué quería. Simón trató angustiosamente de encontrar en esos rasgos algún asomo de humanidad, pero sólo percibió un golpe de olor rancio.

Sobreponiéndose a las nauseas, Simón le dijo que era hijo suyo y de Ruth Eilsmann, una de las tantas mujeres que él había violado en Israel, y que había planeado matarlo para vengar a su madre, pero que ahora, sabiendo que se pudriría por el resto de su vida en esa siniestra penitenciaría, estaba tranquilo, que desistía de su venganza y que sólo le deseaba el mayor sufrimiento posible entre aquellos muros tenebrosos.

Dicho esto, Simón quedó mirándolo desafiante, con desprecio impertinente. El presidiario lo había escuchado en silencio, calmado, sin el menor signo de sorpresa o alteración. Tras un corto silencio, dijo:

—No sé quién eres, mocoso, no me interesa conocerte, no me dice nada el nombre de tu madre ni la reconocería si la viera porque he olvidado las caras de todas las mujeres que violé. En cuanto a ti, déjame recordarte algo: te guste o no te guste, si es verdad que soy tu padre tienes una deuda conmigo...

—¿Qué puedo deberle a usted, miserable? ¿Acaso afecto, respeto? ¿A una escoria como usted, por haberme engendrado en un acto criminal?

—No me debes ni afecto ni respeto. Sólo gratitud.

El presidiario se levantó perezosamente de su silla y golpeó la puerta del gabinete. Entró el guardia, lo esposó y ya se lo llevaba cuando Simón le gritó:

—¿Gratitud? ¿Qué tengo que agradecerle yo a usted, degenerado hijo de puta? ¡No se vaya, bestia sin alma, contésteme!

El recluso se dio vuelta y, con la mueca de una sonrisa siniestra (ahora sí parecía alterado) asomó su cabeza por la puerta.

—Escúchame imbécil—le dijo—, me debes lo más importante que tienes: la vida, tu puta vida, ni más ni menos. Siempre sabrás que estás en este mundo gracias a que sometí a tu madre y a que no quise cortarle el cuello como a otras mujeres. Pero te voy a decir algo más: también cargarás con mi herencia porque llevas mis genes. Estos genes siempre aparecen en nuestra descendencia generación por medio. Mi abuelo fue un violador serial que murió apedreado por una multitud furiosa; mi padre, en cambio, fue un pobre tipo, inofensivo como seguramente lo eres tú, pero... ay de ti cuando tengas un hijo varón. ¡Esa es la herencia que te dejo!

El marroquí estalló en sonoras carcajadas que se parecían a la tos de los perros. Mientras se alejaba gritaba: “¡Soy tu padre! ¡No lo olvides nunca! ¡Tu padre!, y me verás reaparecer tarde o temprano en tu propia sangre...”

Simón regresó a Tel Aviv con la muerte en el alma. Habría querido equivocarse, habría deseado encontrar en ese depravado la huella así fuera insignificante de una esperanza. Si hasta había alentado la injusta expectativa de que su madre hubiese mentido para borrar los rastros de una relación impropia o equivocada. Llegó a pensar que tal vez el marroquí y su madre pudieron haberse amado, y que la violación no había sido exactamente una violación. Había rumiado enfermizamente que podría tratarse de un hombre normal que cometió un error; incluso, ¿por qué no?, un acto abusivo del que pudo arrepentirse.

Pero los temores y presentimientos que lo obligaron a buscar a su padre biológico se habían confirmado.

Desde el aeropuerto Ben Gurión fue directamente a la casa de su novia que lo esperaba ansiosa.

Lloraron juntos hasta el alba.

Ahora había que tomar una decisión, porque ella estaba embarazada de dos meses.

## Setenta veces siete

El padre Elpidio les daba misa todos los santos días. Y todos comulgaban. Todos menos Armanio Rocamora, que necesitaba confesar y no encontraba en Tierra Santa un sacerdote que hablara español.

*(El que cuenta es el chofer palestino de nuestro grupo: Baraka Abudt, mientras él y yo, a solas, nos fumábamos una shisha —pipa de agua— en un café típico de Nazaret, expurgado de mujeres y presidido por un gran retrato de Yasser Arafat.*

*Baraka habla bien el español, no es musulmán, pertenece a la minoría católica de Cisjordania y tiene permiso para entrar y salir del Estado de Israel transportando peregrinos y turistas. A los árabes hay que dejarlos hablar. Cuando narran les brota la Sherezade que llevan en el alma. Dramatizan, exageran, vociferan y hacen mohines extraordinariamente expresivos que insinúan lo que sus palabras jamás dirán. Y nunca defraudan a quien espera oír una buena historia).*

Eran diez personas: cuatro matrimonios uruguayos, Armanio Rocamora, que también era uruguayo pero viajaba solo, y una argentina, Analía Radamonti, de unos cuarenta años. Me gustaba esa mujer, buen cuerpo, mirada provocadora. Usted sabe... nosotros los árabes... *(Juntó el dedo pulgar con el índice y lanzó una risotada)* un pelo de *al-Mhbl*, nos tira más que dos camellos y un burro juntos, pero, aclaremos, los cristianos somos monógamos... *(Y alzó divertido la mirada al cielo como si Dios fuera su compinche. Le recordé al sultán medieval Chiyas ud Din Khilji que tuvo un harén con 15.000 mujeres)*

Pero hay uno más moderno: el rey Ibn Saud, el fundador de Arabia Saudita: ¡tenía 20.000 mujeres el hijo de puta! Pero sigamos con la his-

toria. Uno de los matrimonios del grupo era joven; otro, de más de setenta, y los dos restantes, de mediana edad. Yo los llevaba de iglesia en iglesia por todos los lugares sagrados de Tierra Santa y los regresaba antes del anochecer a su alojamiento en el sector cristiano de la antigua Jerusalén. Y cada día el padre Elpidio, un salesiano de Valladolid, joven y bien plantado, dictadorzuelo como todos los guías espirituales que andan por aquí, decía una misa y les daba la comunión a todos. A todos menos a Armanio.

Este uruguayo solitario, algo raro pero muy educado y conversador, participaba de todas esas ceremonias, leía en ocasiones los Evangelios, escuchaba con atención las homilías y, como hombre de fe, se conmovía ante el misterio de la Eucaristía. Pero cuando llegaba el momento de comulgar daba respetuosamente un paso atrás.

El padre Elpidio conocía el problema de Armanio y se había comprometido a buscarle algún sacerdote que hablara español. Usted me preguntará por qué no lo confesó él mismo. Mire, según mi experiencia, nunca los guías espirituales confiesan a sus peregrinos, tal vez porque no les gusta mezclar el trabajo de guía con el de confesor y evitar enterrarse de los secretos íntimos de las personas con quienes deben convivir durante muchos días.

Pero me llamó la atención que este cura no pareciera perder el sueño por encontrarle un confesor a Armanio, y no porque no hubiese sacerdotes españoles o hispanoamericanos en Tierra Santa. Está lleno. Yo le hubiera localizado uno al instante si me lo hubieran pedido, pero no quise entrometerme porque los choferes debemos mantener distancia de los grupos. Salvo asistir a las misas, que es un derecho de todo católico, las reglas dicen que los choferes ni siquiera almorzamos en la misma mesa en que lo hacen los peregrinos con sus guías.

Y yo a ese Armanio lo veía muy ansioso, como si lo atormentaran pecados muy graves, y el padre Elpidio, que uno supone debería estar atento a esas penurias rebañegas, parecía como si no le importara mucho. Y eso que Armanio le había dicho bien clarito (y yo lo escuché

desde el volante): “Hice el esfuerzo de venir a Tierra Santa para ponerme al día con mis postergados deberes religiosos y regresar a Montevideo espiritualmente renovado”.

Usted sabe que el tiempo vuela en estas apasionantes excursiones. Ya habían pasado cinco días sin que Armanio pudiera remojar su alma compungida. Su desazón iba en aumento hasta el punto de estropearle el placer de los paseos.

En una de las pocas conversaciones que tuve con él, me dijo que veía con envidia cómo los demás comulgaban día tras día sin ninguna amonestación de sus cristianas conciencias.

“¿Estaremos ante la comunión de los justos?”, me dijo. Yo, un poco en broma, le contesté: “¿Acaso el justo no peca setenta veces siete?” Y Armanio, sarcásticamente: “¡Pero estos ya se gastaron el cupo...!”

Ese día Armanio estaba tan apesadumbrado que llegó a decirme que dudaba del carácter sacramental de la confesión y que sospechaba que era un invento de la Iglesia para darle poder a los sacerdotes. “¡En ningún Evangelio dice que Jesús estableció la confesión como sacramento!”, casi gritó Armanio, alterado. Yo disentí con él respetuosamente, y hasta me permití reconvenirlo haciéndole saber que esas eran herejías luteranas. Le recordé que Jesús instruyó a sus discípulos para que fueran por el mundo perdonando los pecados de la gente, y que para perdonar algo hay primero que saber de qué se trata, lo cual implica tácitamente la confesión. “¿Pero acaso Dios necesita un intérprete?”, me respondió. “Si yo me arrepiento de un pecado se lo digo directamente a Él. Debiera ser un asunto entre Dios y yo, sin intermediarios, qué carajo”.

De puro discreto que soy, evité continuar con esa sacrílega conversación. Enseguida se calmó y volvimos a reírnos del comportamiento de los otros componentes del grupo. Y en eso Armanio tenía toda la razón: los hechos cotidianos contradecían esa postura tan suelta de **“yo-comulgo-porque-estoy-libre-de-pecado”**. Por empezar, Analía Radamonti era divorciada, así que mal podía recibir los sacramentos de la

Iglesia, pero el padre Elpidio es uno de esos sacerdotes autoritarios que se arrojan el poder de dispensar a unos lo que les niegan a otros. Tierra Santa está plagada de clérigos que se sienten como Papas en miniatura. ¡Si los conoceré yo que trabajo con ellos y debo aguantarlos! Lo cierto es que en el grupo surgían diferencias y antipatías que no debieran existir en una comunidad cristiana que recorre con veneración desde la cuna de Belén hasta el Santo Sepulcro, desde la Vía Dolorosa hasta la basílica de la Dormición de María. Veá, un matrimonio se había puesto de punta con otro por una cuestión de atrasos en los horarios y otras nimiedades, ¿a usted le parece? El matrimonio más joven, que gozaba de una buena posición económica, despertó envidias y rencores porque sus gastos eran altos en relación a las posibilidades escuálidas de los demás; los dos matrimonios de mediana edad descubrieron que eran vecinos de Punta del Este, aunque no se conocían ni siquiera de las actividades diocesanas, lo cual es bastante raro entre católicos que se dicen practicantes en un país laico como Uruguay. ¡Para qué! Ser de una misma ciudad y verse por primera vez las caras en la otra punta del mundo podría ser para muchos una sorpresa agradable, pero para éstos fue, o por lo menos eso me pareció a mí, como un ramito de ortiga en los sobacos.

La mujer argentina discutió una vez con el sacerdote por algo que había pasado entre ellos. “¡Vos me dijiste...!” “¡No, lo que yo te dije...!” Dimes y diretes que no pude descifrar. El padre Elpidio, que tiene una lengua filosa, descargó una tarde en mis oídos, como al pasar, algunas culebrillas censoras del comportamiento de la dama. Yo, como siempre, porque debo ser muy cauteloso si quiero seguir trabajando con la Iglesia y las agencias de peregrinaciones, simulé no comprender.

Armanio, que se daba con todo el mundo, mantuvo algún contacto amistoso con la argentina. Yo a ella la miraba por el espejo con cierto descaro, reconozco que me atraía su personalidad misteriosa... y también... sus muslos abundantes, contenidos a la cincha por pantalones que parecían a punto de reventar. Suelo tener fantasías que, bueno, ¿para qué le voy a contar!, pero soy un buen cristiano... (*Miró otra vez al cie-*



lo y le guiñó un ojo al Altísimo). El asunto es que los vi conversando muy sonrientes y locuaces en una de las travesías por el desierto. Yo no dejaba de observar por el espejo: ella le mostraba su llamativa pulsera dorada con sartas de corales y una placa cerámica con los colores de la bandera de su país, pero después cambió de ubicación con la excusa de fotografiar una caravana de beduinos. Se vino al primer asiento, se arrodilló enfocando su cámara hacia la ventanilla y me mostró generosamente su soberbio culo, bien redondo y cachetudo, una grupa de yegua para ser jineteada en una gloriosa cabalgata.

*(Baraka chupó ansiosamente la boquilla de la pipa, sonrió y sacudió la cabeza como quien quiere librarse de una idea fija que lo obsesiona. En seguida continuó:)*

La mujer ya no volvió a sentarse junto a Armanio y se quedó conversando conmigo. Era provocadora la *guacha*, como dicen ustedes. Al día siguiente ella lo abordó muy pimpante a Armanio, en tanto que el uruguayo, algo tenso, intentaba mantener cierta distancia; luego vi que ella ni siquiera lo miraba cuando éste, tímidamente, trató de acercársele. Ese mismo día Analía anduvo rondándole al padre Elpidio con insistentes preguntas y cargosos comentarios sobre el Evangelio de San Juan.

Al día siguiente visitamos el santuario del Primado de San Pedro en Tabgha. Después de la misa, el padre Elpidio y Armanio fueron juntos hasta el vehículo para conversar y descansar un poco, mientras los demás paseaban por las orillas del Mar de Galilea y juntaban pequeñas piedras para llevarse (los peregrinos suelen imaginar que alguna de esas piedras pudo haber sido pisada por Jesús). Yo estaba dormitando en el último asiento. No me vieron. Hablaron de Analía, aunque no entendí lo que dijeron... Conversaron en voz baja, sólo oí el nombre de ella, pero recuerdo que el tono de Armanio era como de reproche, mientras el cura parecía darle alguna explicación. Luego bajaron y se unieron a los demás.

Lo que me resultó muy extraño fue que al otro día los vi a los dos hombres en compañía de la argentina, muy amigotes los tres.

A todo esto los roces entre los matrimonios se habían venido agravando y hasta evitaban saludarse por las mañanas. Llegó un momento en que durante las comidas el grupo se dividía en tres bandos y ocupaban mesas separadas: cuatro en una mesa, tres en otra, y los restantes en una tercera. El cura y Armanio se sentaban alternativamente con unos y con otros, según la ocasión y las circunstancias. Analía, en cambio, había tomado partido por el matrimonio más joven. Al momento de bendecir los alimentos el padre lo hacía en voz lo suficientemente alta como para que les llegara a todos.

Eso sí, cuando en las misas diarias llegaba el saludo de la paz, todos se abrazaban y se besaban, “La paz sea contigo, la paz sea contigo”. Chuic, chuic. Pero apenas ponían un pie fuera del templo las intrigas y ojerizas volvían a torcer las caras y a desviar las miradas.

Armanio en cambio tertuliaba con todos y se alejaba de las rencillas, pero él seguía sin entender cómo con tantos resentimientos e intolerancias, las conciencias de aquellos piadosos y justos cristianos no les reclamaban una confesión reparadora.

Yo era todavía más severo que Armanio en mis íntimas reprobaciones: pensaba que hasta el padre Elpidio tendría que confesarse antes de celebrar la Eucaristía. En primer lugar, por su desinterés en reconciliar y mantener unido a su pequeño rebaño. ¡Si hasta por momentos parecía echar paladas de carbón a esa hoguera de ruindades! Y en segundo lugar por su indolencia para darle al uruguayo la paz espiritual que reclamaba.

Hubo un día libre y yo me fui a descansar a mi pueblo.

A la mañana siguiente me entero de que Analía Radamonti había dejado el hotel sin despedirse de nadie. Y todavía faltaban dos días de peregrinación.

“Me parece que ésta está un poco chiflada”, bisbiseó la lengua ligera del padre Elpidio cuando nos puso al tanto de la inexplicable novedad.

Llegó el último día.

La misa se celebraría en uno de los pequeños oratorios del santuario de la Transfiguración, en la cima del Monte Tabor. Minutos antes de iniciarse la ceremonia lo veo a Armanio separado del grupo, deambulando nervioso por la nave principal. Parece como desesperado; mira ansiosamente para todos lados. Me acerco a él y lo llamo porque me preocupa su estado de ánimo. Ni me ve ni me escucha, mira acá y allá como fiera acorralada, se detiene, clava sus ojos ansiosos en un confesionario ocupado por un sacerdote palestino que se adormece de aburrimiento en la semioscuridad del templo. Armanio va hacia él con determinación, se arrodilla atropelladamente, tanto que hace crujir el reclinatorio, sobresalta al cura que da un respingo y hace maquinalmente el gesto de la bendición. Y el uruguayo suelta el rollo de su confesión a toda velocidad. El cura quiere interrumpirlo y comienza a parlotear en árabe mientras hace gestos exagerados, se toca varias veces la punta de la lengua con el índice y después una oreja tratando de hacerle saber a ese extranjero despistado que él no entiende lo que le está diciendo. Yo no puedo creer lo que veo, me acerco al confesionario con la intención de mediar, hacer de intérprete, no sé, lo que sea para ayudar, pero, indeciso, me detengo a pocos pasos. Armanio, imperturbable y hablando atropelladamente y en un tono cada vez más alto sigue sacudiendo su conciencia como si volcara el contenido de una pesada bolsa de papas a los pies de aquel cura que no salía de su perplejidad. Hasta que arroja la última papa —o zapallo gigante, si usted lo prefiere—, hace la Señal de la Cruz, lanza un suspiro de alivio y se encamina, ahora tranquilo y sin apuro, al altar donde el padre Elpidio, ya revestido, está acomodando la vinajera para iniciar la misa.

Y, tal como yo lo esperaba, al momento del *Ágape* Armanio se pone en la fila. Cuando le llega el turno, el padre Elpidio se detiene atónito

con la Hostia en la mano, lo mira serio y le dice algo al oído. Supongo que le diría con su autoridad canónica: “Pero Armanio, si tú no has confesado, no puedes comulgar”. ¿Y qué hace Armanio? Con voz inapropiadamente alta, sobreactuando una suerte de arrebató herético, exclama: “ministro del Señor, presbítero de la Santa Iglesia, soy el único de este grupo de pecadores que puede comulgar porque acabo de confesar con un cura palestino que no entendió un pito lo que le dije, pero ante mi imposibilidad y la desidia suya al no conseguirme un confesor, mi gesto tiene que ser suficientemente valadero para Dios. Él seguramente me entendió y confío en que me absolverá... a usted y a los demás, no sé. Así que... ¡deme la comunión!”

La delgada hoja de pan ácimo tembló de miedo antes de entrar en la boca exageradamente abierta de Armanio, y en esa caverna furibunda se perdió vaya uno a saber entre qué miasmas irredentas.

Terminó la peregrinación y se fueron todos de Israel.

No habrá pasado ni una semana cuando veo en la televisión israelí una noticia bastante habitual en esta región violenta: habían encontrado, flotando en las aguas del Jordán, el cuerpo sin vida de una mujer golpeada y apuñalada. No la pudieron identificar porque no llevaba consigo ningún documento, aunque la policía dedujo que era extranjera, de Sudamérica, dijeron, porque llevaba una pulsera con sartas de corales y una placa cerámica con los colores de la bandera argentina.

*(Tomamos otro té y seguimos fumando en silencio. Si ustedes hubieran visto las muecas y los movimientos oculares del expresivo Baraka mientras contaba esta historia, sabrían —quizás la palabra apropiada sería: sospecharían, o intuirían— bastante más de lo que pude transmitirles con mis ineficaces palabras escritas.*

*Hubiera querido preguntarle al chofer palestino si había llegado a escuchar la confesión de Armanio, y si era así, qué fue lo que escuchó, pero preferí no hacerlo. Por dos razones: una, él nunca me lo diría; y la otra, toda buena historia debe tener un final incierto).*

## El día que Pedro quiso olvidarlo todo y dijo: “Me voy a pescar”

El horror terminó cuando bajaron el cuerpo de la Cruz.

Cesaron los gritos, se calmaron los espíritus, se disipó el miedo. Apenas una guardia en el sepulcro, por las dudas. El poder y la política ya estaban ocupados en otros asuntos.

¿Resucitó?

Después de su muerte se les apareció. No como un espíritu sino como una persona viva, con su cuerpo todavía lacerado.

Dos veces lo vieron, hablaron y comieron con Él. Dos veces.

Pero estaban muy confundidos, cansados, alucinados. Los días de Jerusalén habían sido vertiginosos y terribles, y ninguno de ellos llegó a comprender cabalmente el significado del sacrificio de Jesús.

Es razonable que olvidaran o borrarán de sus mentes sencillas la circunstancia insoportable de haberlo visto con vida después de su muerte. Y es también comprensible que quisieran volver a ser lo que eran: hombres simples, seres humanos del montón.

De los doce eran siete los que se juntaron esa tarde en Tabgha, a orillas del Mar de Galilea, también llamado Lago Tiberíades: Simón (a quien ahora todos llamaban Pedro), su hermano Andrés, Tomás, Natanel, los dos hijos de Salomé y Zebedeo: Jacobo y Juan, y otro. Deambularon por la ribera, desorientados, desanimados, sin ganas de conversar.

Anohecía.

—Voy a pescar —dijo Pedro.

Su voz sonó resuelta, osada, como quien aparta de su mente el aturdimiento de una pesadilla. Y enfiló hacia la barcaza que se mecía con las olitas que morían en la orilla.

—Vamos contigo —dijeron los otros.

Navegaron toda la noche y no pescaron nada.

Antes del amanecer, desconcertados y con un secreto presentimiento en sus corazones, iniciaron el regreso.

Al acercarse a la costa entrevén el resplandor de unas brasas encendidas sobre la brumosa silueta de un peñasco. Cuando ya la brisa los aproxima a la costa, la primera claridad del día les permite distinguir a un hombre delgado y alto que, junto al fuego, los observa atentamente.

Cuando la barcaza está a unos doscientos codos de la ribera aquel hombre les grita:

—Amigos, ¿tienen algo para comer?

—No —le contesta Pedro—, no hemos pescado nada.

—Tiren la red por el lado derecho.

Pedro mira a los demás con gesto de interrogación. ¿Quién es éste que nos da indicaciones?

—Hagan lo que les digo —insiste el hombre de la roca.

—Bueno, comenta Juan, no perdemos nada. Tiremos la red por la derecha.

Instantáneamente la barcaza se sacude hacia su costado derecho: más de cien peces han quedado súbitamente atrapados en la traína.

Entretanto se ha hecho de día y Pedro mira sorprendido al hombre que les indicó dónde estaba el cardumen. Ahora descubre que arriba de las brasas un pescado de buen tamaño se está asando sobre sus propias escamas. Al costado, panes recién horneados incitan el apetito.

—Pedro —le dice por lo bajo Juan—, ¿no crees que se trata de...?

—¿Qué estás diciendo, insensato? —lo interrumpe Pedro malhumorado. Sin embargo, como estaba desnudo, se viste con su zamarra y salta a las aguas poco profundas para caminar rápidamente hacia la orilla.

Los otros pescadores se ocupan de recoger la red y de remolcarla hacia la costa.

Pedro llegó antes y se quedó mirando desde cierta distancia al desconocido que ahora atizaba las ascuas con una vara.

Cuando todos llegaron al lugar se acercaron tímidamente al atractivo aroma del pescado crepitante. “Traigan los peces”, les ordenó el desconocido.

Pedro, diligente, tomó la pesada red y la arrastró hasta el pie de la roca donde ahora estaban todos. El hombre les ofreció pan y el pescado asado:

—Coman, los estaba esperando.

Cada uno de los siete pescadores tomó en silencio un pan y un trozo del pescado que les ofrecía el inesperado anfitrión. Nadie se atrevía a preguntarle quién era. Solamente Juan, insistía por lo bajo, “Es el maestro...”

Limpiaron varios de los pescados de la red y los pusieron sobre las brasas. Comieron en silencio.

Cuando terminaron, el extraño se dirige a Pedro y lo sorprende con una pregunta:

—Pedro, ¿me amas más que ellos? —y señaló con el índice a las otras seis personas.

Pedro se resistía a reconocer a Jesús a quien habría querido olvidar para siempre. Hasta ese momento él se esforzaba por convencerse de que todo había terminado y que era hora de volver a la normalidad. Sin embargo, ante la presencia innegable de Jesús, respondió casi con un murmullo:

—Sí, Señor, tu sabes que te amo.

Jesús le dijo entonces con un tono que no admitía réplica:

—Apacienta mis ovejas.

Pedro, avergonzado, bajó la mirada.

Hubo en el grupo un largo y tenso silencio. Jesús miró a lo lejos, como si pensara en otra cosa. De pronto volvió a dirigirse a Pedro:

—Pedro, ¿me amas?

—Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo.

—Apacienta mis ovejas.

Dicho esto Jesús se dirigió al grupo:

—Tienen una misión que cumplir. Con mi muerte no terminó todo. Al contrario, para ustedes el esfuerzo y los sacrificios recién comienzan. Esta es la tercera vez que me ven después de mi muerte, y no como un espíritu incorpóreo sino como un hombre de carne y hueso, porque he resucitado en cuerpo y alma. En Emmaús caminé al lado de algunos de ustedes, hablamos y luego comimos juntos, ¿recuerdan? Bien, días después, durante Pentecostés, nos encontramos en Jerusalén y les di las potestades del Espíritu Santo, ¿eso también lo recuerdan, verdad? Sobre

todo tú, Tomás Dídimos, que dudabas, ¿lo recuerdas? Entonces ¿por qué se empeñan en acurrucarse en sus crisálidas si ya no son larvas, son mariposas que deben levantar vuelo? Esta noche me necesitaron para pescar: esa es la prueba de que ya no son pescadores de peces, sino de almas.

Jesús se volvió repentinamente hacia Pedro y le dijo:

—Y ahora vuelvo a preguntarte a ti, Pedro, especialmente a ti, que eres cabeza de mi Iglesia, al que prometí entregar las llaves del Cielo; y lo haré por tercera vez: ¿Me amas?

Esta vez Pedro se sintió terriblemente mortificado. Preguntarle tres veces lo mismo a un hombre honrado es dudar de su palabra: un destrato, un menoscabo insoportable. Pero Pedro sabía que se lo merecía. Jesús conocía sus dudas y contradicciones. ¿Acaso no lo había abandonado y negado cobardemente en Jerusalén, aterrorizado, como todos los demás, con la excepción de Juan y las mujeres que permanecieron a su lado hasta su último suspiro? El Maestro sabía que el primado de su Iglesia no era sincero ni consigo mismo, pues hasta se había negado a reconocerlo.

Pedro sintió remordimiento y rabia contra sí mismo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Apabullado, bajó la mirada y respondió:

—Sí, Señor, te amo, y lamento haber dudado de ti...

—Bien, apacienta mis ovejas. Cuando eras joven hacías lo que querías, en la vejez, en cambio, otros ceñirán tus manos y te llevarán a donde no querrás ir. Deberás cumplir ese destino para gloria de mi Padre. Ahora sígueme.

Natanel se atrevió a decirle:

—Señor, querríamos conocer más de los misterios que no comprendemos.

Jesús, con expresión paciente, contestó:

—Tranquilícense, antes de ir yo a la casa de mi Padre volveremos a vernos y les hablaré con toda claridad, esta vez sin parábolas, desde el principio de la verdad hasta su fin último. No les ocultaré nada sobre las cosas que pertenecen a las regiones superiores de la verdad. Prepárense porque deberán ir por todo el orbe a predicar mi mensaje a hombres de



todas las razas y culturas. Enseñarán y bautizarán en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No sólo a los judíos: el Reino de Dios extenderá su cetro sobre toda la humanidad.

Jesús se levantó y comenzó a caminar hacia el norte. Pedro se apresuró a ponerse a su lado, pero notó con fastidio que el joven Juan los seguía a corta distancia. Le preguntó a Jesús:

—¿Debe seguirte también éste?

Jesús se detuvo, miró unos segundos a Pedro y le respondió:

—Si quisiera que Juan permaneciese hasta que yo regrese así lo pondría, sin que tú debas interferir en mis decisiones. Tú sígueme y no te preocupes por lo que hacen los demás. Juan es ahora el elegido para dar testimonio de nuestro encuentro.

Fueron bordeando el lago en dirección a Cafarnaúm, donde estaba la casa de Pedro. Durante la caminata Jesús le habló sobre los planes que había concebido para él y los otros apóstoles y cientos de seguidores que se les unirían. Le explicó paso por paso todo lo que tenía que hacer, primero en Jerusalén y otras aldeas de Judea, Samaria y Galilea, y después en el extranjero: Siria, Asia y Grecia. Pero su destino central iba a ser Roma.

—Te revelaré el primer misterio —le dijo—: mi Padre quiso que Roma se organizara y conquistara a todos los pueblos y civilizaciones de la Tierra siglos antes de mi llegada, con el único propósito de que tú y otros como tú tengan a su disposición la vasta red de caminos empedrados que parten desde esa poderosa metrópoli hacia todos los confines del imperio, hacia el Asia menor, hacia la Galia, hacia la lejana Hispania, de manera de poder difundir desde allí este mandato: “Arrepiéntanse y bautícense en el nombre de Jesucristo para poder ser perdonados y recibir el don del Espíritu Santo”.

Pedro no podía salir de su asombro: ¡Roma había sido creada por Dios para la llegada del Mesías! Ahora entendía por qué Jesús fue crucificado por orden de Poncio Pilatos. Las profecías se cumplieron en este tiempo para que las enseñanzas del Mesías fueran velozmente traslada-

das por las carreteras que el imperio tardó siglos en construir. Anchas y firmes, donde pueden transitar los carros romanos con dos caballos percherones. ¡Roma, la invencible Roma, había sido la magna obra de Dios para redimir a los hombres!

Ya habían llegado a Cafarnaúm, pero no fueron a la casa de Pedro, comenzaron a deambular por las calles de la ciudad porque aún tenían mucho que conversar. Pedro preguntaba y Jesús contestaba. Todos los enigmas le fueron explicados y todos los secretos, revelados. Así hora tras hora, hasta que el sol se desperezó con languidez veraniega tras las bajas colinas del Oeste.

Cuando Pedro llegó a su casa su familia casi no lo reconoció: sus cabellos y barba habían encanecido por completo, su mirada delataba que había visto y escuchado cosas indecibles; sus ademanes, habitualmente torpes, eran ahora suaves y lánguidos. Con un gesto hizo saber a su mujer que no quería preguntas. Comió algo y se fue a dormir.

Al otro día los vecinos de Cafarnaúm se asombraban del cambio físico de Simón y comentaban que el día anterior lo habían visto caminando errabundo por la ciudad, como desorientado, hablando solo, haciendo ademanes exagerados y deteniéndose cada tanto para levantar el tono de su voz y bajar luego la cabeza, como si alguien invisible moderara sus desquiciadas exclamaciones.

Pero lo que más les había llamado la atención a esas personas fue que detrás de Simón, a no más de diez pasos de distancia, el joven Juan lo seguía con el sigilo de una sombra, aparentemente vigilando al pobre pescador en el frenesí de su delirio.

Por eso nadie se extrañó cuando días más tarde el pescador abandonó a su familia y desapareció para siempre de Cafarnaúm.

# La confesión de Hitler

## 1

Viajé a Israel para averiguar si era verdad que Adolfo Hitler se confesó con un sacerdote franciscano antes de suicidarse.

¿Por qué esperaba encontrar esa revelación justo allí? Lo explicaré.

Soy profesor de historia e investigador de historia religiosa. Mi trabajo consiste en viajar, meterme en todas las guaridas y recoger cuanto indicio, testimonio y documento me ayuden a develar misterios y probar sucesos aún desconocidos.

Yo acababa de leer una traducción muy deficiente del libro *La religión de Hitler*, del conocido escritor e investigador alemán Michael Hesemann, donde se describe al nacionalsocialismo como una secta esotérica y ocultista que practicaba ritos satánicos y de magia negra.

Esta sociedad se llamaba *Thule Gesellschaft* y fue fundada en Múnich en 1918 por el ocultista Rudolf Glandeck, barón de Sebottendorff, quien poseía una botellita babilónica que, según se decía, contenía un demonio extremadamente perverso llamado Belial, espíritu maligno que el rey Salomón había logrado capturar y encerrar en aquel recipiente para consultarlo como a un oráculo.

Hesemann afirma en su libro que Hitler odiaba a las dos principales iglesias cristianas de Alemania: la luterana y la católica romana, y que tenía un plan para reemplazarlas por una nueva religión, con su liturgia propia y sus textos sagrados. Su libro *Mi lucha* sería uno de estos textos, y ciertas obras de Richard Wagner como *La cabalgata de las valkirias* y la obertura de *Los maestros cantores de Núremberg*, integrarían el repertorio de su música sacra.

Debo señalar aquí algunas contradicciones. Es sabido que Hitler se declaraba cristiano y católico y que solía repetir en sus discursos públi-

cos que admiraba y amaba a Jesús porque le declaró la guerra a los judíos. “Reconozco su lucha gigantesca contra el espíritu judío, y fue crucificado por ello. ¡Señor, no nos apartamos de ti! ¡Bendice nuestra lucha por nuestra libertad y por nuestra patria!” clamaba en las tribunas de Múnich. Además, Eva Braun, Heinrich Himmler y otros jefes del nacionalsocialismo eran católicos romanos educados en colegios religiosos. De manera que no cabría dudar del catolicismo de Hitler, al menos en lo formal.

Sin embargo Heesmann asegura en su libro que cuando apenas comenzaba su vertiginosa carrera política, Adolf Hitler ya era un conspicuo miembro de la sociedad *Thule Gesellschaft*. Los líderes de la logia creyeron hallar en Hitler a su representante perfecto y decidieron ayudarlo a escalar el poder de Alemania con su red de influencias, cuantiosos recursos económicos y una eficiente organización secreta.

La sociedad contaba con una psíquica llamada María Orsitsch que los había convencido de que la raza aria no es originaria de la Tierra sino que vino del espacio exterior, de la estrella Aldebarán, para mayor precisión, situada a unos sesenta y cinco años luz de distancia. Esta creencia complementaba la hipótesis del pensador predilecto de Hitler, el aristócrata inglés Houston Stewart Chamberlain, en cuyo libro *Las bases del siglo XIX*, asegura que Jesús no era semita sino de raza aria. A su vez el filósofo nazi Ernst Bergmann publicó en 1934 un libro titulado *Veinticinco puntos de la religión alemana* donde expone la tesis de que Jesús no era judío sino un guerrero nórdico.

Pero algo pasó entre Hitler y la Sociedad *Thule Gesellschaft*.

En 1934, durante la llamada “Noche de los cuchillos largos”, muchos miembros de la sociedad fueron asesinados por orden del propio Hitler.

No se ha esclarecido aún este episodio oscuro de los primeros tiempos del poder nacionalsocialista en Alemania. Se conjetura que la Sociedad, muy allegada a los camisas pardas, habría intentado controlar a Hitler, o que habría pretendido participar desmedidamente de su poder.

La reacción de Hitler ante estas presiones, según la versión, fue sacarse de encima a los dirigentes más influyentes y peligrosos.

Pero parece que uno de esos prominentes líderes logró huir de la masacre llevándose la botellita babilónica. Este personaje, cuya identidad se ignora, le hizo llegar a Hitler, ya en plena guerra, una clara advertencia: si por culpa de su traición Alemania era sometida a una nueva y humillante derrota, liberaría de su encierro a Belial, quien se ocuparía de castigar al indigno entregador de la patria aria, destinada a gobernar el mundo por mil años.

Hitler era un hombre profundamente supersticioso. Cuando las cosas en el frente empezaron a ir mal, se sintió aterrado.

En abril de 1945 hubo un instante patético en el búnker: fue cuando Hitler se dio cuenta de que en las últimas semanas había estado dando órdenes a regimientos que ya no existían. Se supo traicionado por Himmler e hizo ejecutar a Hermann Fegelein, cuñado de Eva Braun. Su poder temible se había diluido como escarcha matinal. Entonces decidió suicidarse para no caer en manos de los enemigos.

En ese momento sólo pensó en la manera de liberarse de la posesión demoníaca que lo acechaba desde las tinieblas. En un gesto desesperado habría decidido confesarse con un sacerdote católico para refugiarse en la misericordiosa protección de Dios.

La leyenda dice que sus asistentes le propusieron algunos de los curas que habían demostrado simpatías por el nacionalsocialismo en sus comienzos. Le mostraron varias fotografías y eligió a un franciscano que solía concurrir a las reuniones de Múnich, aunque más tarde, desilusionado, se había apartado de la política para recluirse en un monasterio de Berlín.

Llevaron al búnker al asustado franciscano quien se encontró ante un Hitler abatido que le rogó humildemente que lo confesara y le diera la comunión.

Esto es lo que dice la leyenda. Hasta el momento en que yo inicié mi investigación nadie lo había demostrado con pruebas ni testimonios fi-

dedignos. Hesemann no lo menciona en su libro, y, hasta donde yo sé, ninguno de los empleados del búnker, que fueron interrogados durante años por la KGB soviética, mencionó ese suceso.

Pero yo había recogido de fuentes eclesiásticas confiables la versión de que el franciscano existió, que lo confesó efectivamente a Hitler, y que en 1950 fue trasladado a uno de los monasterios de Tierra Santa, con severas perturbaciones emocionales supuestamente causadas por las confesiones que escuchó.

Estas son las razones por las que yo estaba seguro de que en algún lugar de Israel, donde bajo cada capa de arena se oculta un enigma, y en cada socavón, un desafío arqueológico, encontraría elementos que demostraran o desmintieran esta apasionante tradición.

Pero hay otro motivo: yo sabía que entre los curas de la Orden de San Francisco de Asís anida cierto antisemitismo, tal vez alimentado por el largo tiempo que llevan renegando con los judíos en esas tierras de Dios, dato objetivo nada desdeñable, como se verá más adelante.

## 2

Me uní a un grupo de colegas cristianos que contrató como guía espiritual al padre Ariel García Lavallol, un franciscano español, erudito en historia, quién nos llevaría a recorrer los últimos descubrimientos arqueológicos realizados por arqueólogos de la Orden.

Con el cura nos hicimos muy amigos porque compartíamos la misma pasión por las investigaciones históricas. Era un sujeto simpático, conversador y muy versado en asuntos teológicos. Como yo no quería delatar mis intenciones busqué tirarle de la lengua con un artilugio. En uno de los almuerzos que compartíamos mencioné las matanzas de judíos en los campos de exterminio, con el comentario indirecto (motivado por mi condición de hijo de inmigrantes italianos) de que Mussolini no fue un genocida, ya que se limitó a expulsar del país a los judíos ex-

tranjeros y encerró a muchos de los judíos italianos en los llamados “Campos de enemigos”, donde las familias permanecían unidas y los niños hasta tenían escuelas y actividades deportivas.

Supe al instante que había hecho sonar la nota desafinada justa en los sensibles oídos del cura.

—Vamos, Atanasio —me dijo con un respingo que le salió del alma—, a ti no te habrán vendido también el cuento de los seis millones de judíos que mató Hitler en las cámaras de gas.

—¿Cuento...? Ariel, ¿qué estás diciendo? ¡Cuento...! El Holocausto fue jurídicamente probado en el Juicio de Núremberg y en el proceso contra Adolf Eichmann. Y te aseguro que las víctimas fueron muchos más de seis millones si a los judíos les sumamos los gitanos, homosexuales, discapacitados, enfermos mentales y testigos de Jehová. Y si ponemos en la lista a los prisioneros rusos, polacos y holandeses exterminados en el campo de concentración de Buchenwald tendremos una cifra espeluznante que supera a los diez u once millones. Esto no es un cuento, es una certeza histórica...

—No fueron tantos, no fueron tantos... Y yo te digo que Mussolini también mató a muchos judíos...

—Cuando Alemania invadió a Italia, en 1943, es verdad, cerca de ocho mil judíos italianos fueron deportados a Auschwitz y otros campos de exterminio. Pero para entonces Mussolini era un títere de los alemanes, no tenía ningún poder de decisión. No, Italia nunca fue antisemita. Sólo una pequeña proporción de los judíos italianos pereció en el Holocausto, la gran mayoría sobrevivió gracias a la ayuda de la Iglesia, de abnegados civiles, y hasta de militares italianos. En cambio Hitler...

—Pero Atanasio, no me hables del Holocausto, esas historias las inventaron los norteamericanos.

—¿Los norteamericanos? Vamos Ariel, seamos serios...

—Atanasio, ¿quién crees que maneja al imperialismo norteamericano?

—No lo sé, a ver, ilústrame, ilumina mi ignorancia.

—Pues el poder económico judío mundial.

Todos en la mesa reímos nerviosamente. La trivialidad era increíble. No sabíamos si hablaba en broma o en serio. Un viejo profesor del grupo le recordó buenamente que en esa mesa éramos todas personas cultas, y otro contertulio le reprochó que lo que acababa de decir era un mero prejuicio, un panfleto político impropio de un intelectual como él. “Hablemos en serio”, le pedí en buen tono, “si no, cambiemos de tema porque estamos banalizando el mal, como diría Hannah Arendt”.

—Oye, oye, oye. ¿Me estás diciendo que no existe el imperialismo norteamericano? ¡Pobre de ti!—. Y rió con una agradable risa que aflojó la tensión que se había producido.

Tal vez el padre Ariel advirtió que se estaba metiendo en una discusión política que probablemente no le estaba permitida. Cambió hábilmente el tono del diálogo y fue justo hacia donde yo quería.

—Escucha Atanasio, yo no lo defiendo ni lo justifico a Hitler, pero tienes que saber que antes de morir se confesó con un sacerdote franciscano.

Traté de disimular mi excitación.

—Eso no te lo creo —dije fingiendo escepticismo—. Hitler creía en la magia, en la astrología y en los platos voladores, no era para nada un creyente cristiano.

—Pues mira, no sé, se han dicho muchas cosas; pero ya estando en las últimas mandó llamar a un franciscano. Si te digo que en la Orden eso se da por sentado...

—Me estás jodiendo.

—Pues créelo, es así como te lo digo.

—Ariel, me dejaste mudo, quiero saber más de ese asunto. ¿A qué fuente puedo recurrir?

El sacerdote permaneció un instante callado, como pensando en el paso que iba a dar. Tal vez sentía que había hablado demasiado, pero ya era tarde, no podía desdecirse ni pasar por un fabulador. Entre estudiosos de historia hablar al tuntún sobre objetos de investigación es un



traspíe que se paga con el descrédito. Luego de algunos segundos de indecisión, y viendo que el grupo estaba ahora distraído en otra conversación, acercó su cara a la mía y me dijo en voz muy baja:

—Si me prometes discreción, pero mucha discreción, yo podría presentarte a una persona que conoce todo ese intríngulis. Mira que nosotros tenemos prohibido ventilar estas cosas...

Se lo prometí y quedamos que al día siguiente, que era un día libre para el grupo, me llevaría a una casa de descanso para franciscanos retirados donde yo podría conocer a esa persona.

A la mañana siguiente bien temprano tomamos un taxi y fuimos a un monasterio ubicado en un lugar de Cisjordania que no revelaré. Esperamos sentados en un banco de piedra rodeados por un bellissimo jardín con flores de Santa Rita anaranjadas y rojas, malvones en grandes macetas de arcilla, olivos centenarios y palmeras de dátiles, hasta que apareció un franciscano muy viejito transportado en silla de ruedas por un fraile joven que lo dejó junto a nosotros y se retiró. Ariel saludó afectuosamente al anciano. Se llamaba Ignasi, era catalán y andaría cerca de los noventa años. Me presentó como a un amigo suyo y colega en historiografía, y le pidió como un favor especial que me contara lo que sabía acerca de la confesión de Adolf Hitler.

El anciano permaneció un minuto en silencio con una débil sonrisa y la mirada clavada en el piso. Luego levantó la cabeza y nos contó lo siguiente:

—El padre Hans fue llevado de urgencia hasta el búnker de Adolf Hitler en abril del cuarenta y cinco. Lo hicieron pasar a los aposentos privados del *Führer*, quien le pidió que lo confesara porque sabía que su muerte estaba cercana.

“Hans, que había llevado unas hostias consagradas, lo comulgó después de escuchar cinco horas de monólogo penitente, le dio la absolución, lo saludó con una inclinación de su cabeza y salió de la habitación, pálido y avejentado, absolutamente irreconocible, como quien ha estado

mirando el infierno desde su mismo umbral. Luego fue regresado por una patrulla hasta su monasterio.

“Usted se preguntará cómo lo sé. *Estimat amic*, yo también estaba en ese monasterio. Nunca lo voy a olvidar, las bombas caían por todos lados, estábamos orando refugiados en el sótano donde habíamos trasladado las imágenes, documentos, libros y objetos sagrados, porque era nuestro deber quedarnos hasta el final. Hans había quedado en un estado deplorable. Hubo que llevarlo de la mano hasta su celda porque estaba tan obnubilado que ni podía orientarse en nuestro austero cenobio. Su capucha cubría permanentemente su cabeza, apenas le veíamos parte de un rostro transmutado y sollozante que murmuraba solo y tenía la mirada perdida. En resumen: parece que lo que había escuchado fue más, mucho más, de lo que un simple sacerdote podría soportar. ¡Y mira que nosotros escuchamos en el confesionario cosas de la puta madre! Pero, joder, nada como aquello...

“Imagino que el pobre Hans hubiera querido hablar con alguien sobre esa horrible experiencia, pero su condición sacerdotal le prohibía revelar siquiera una ínfima parte de lo que había escuchado en confesión, y para no tentarse optó por no hablar con nadie, con excepción del abad cuya compañía lo confortaba. Ninguno de nosotros, por supuesto, se acercaba al desdichado para preguntarle nada.

“Sin embargo hizo algo imprudente y reprochable, aunque no podemos juzgarlo porque nadie estuvo en sus sandalias. ¿Qué hizo el bueno de Hans? Escribió en un cuaderno todo lo que Hitler le había dicho. Pasó días y noches encerrado en su celda escribiendo. El abad lo dispensó de todos sus deberes y ordenó que le lleváramos el desayuno y la comida porque se negaba a salir de su encierro. Puede ser que haya encontrado algún alivio psicológico al recurrir a la escritura. Cuando terminó la guerra y recuperamos un poco el sosiego, la Orden decidió sacarlo de Europa y traerlo aquí, a este mismo lugar, para que iniciara su recuperación. Eso fue en 1950. A mí me mandaron con él para cuidarlo, y también trasladaron a su joven discípulo y asistente, Gunter, un seminarista

holandés que se ordenó aquí unos años más tarde. Yo sólo me acercaba a Hans para preguntarle si necesitaba algo. Una vez me atreví a reprocharle lo del cuaderno, por la imprudencia sacramental que ello significaba. Asintió con la cabeza y me dijo con voz susurrante que pensaba destruir el cuaderno para evitar que alguien pudiera leerlo. Pero lo que no pudo prever el desdichado es que a raíz de todo lo que padeció se le pincharía un *canut* bajo la mollera y se iría de este mundo sin darse cuenta”

—¿Y qué pasó con el cuaderno?— pregunté.

—El cuaderno no apareció por ningún lado. Llegamos a pensar con alivio que Hans tuvo tiempo de destruirlo... *o l'hi haurà portat amb ell*. Décadas después Gunter me dijo a mí, sólo a mí, que lo tenía en su poder. Actuó mal, sin ninguna duda...

—¿Y dónde está esa persona? —pregunté ansioso.

—Ahora vive en Roma.

—¿No sabe si leyó la confesión?

—No, no lo creo. Si esa confesión fuera leída se rompería el secreto canónico y el difunto Hans debería cargar en el otro mundo con una culpa muy grave. Así que asumo que Gunter ha sido fiel a sus votos y a su maestro. Si no destruyó el cuaderno, al menos quiero creer que no se ha atrevido a leerlo. Pero usted quería saber si era verdad que Hitler se confesó con un franciscano antes de suicidarse. Pues, sí señor, yo se lo confirmo.

—Pero... —pregunté por preguntar— ¿qué valor tiene una absolución sacramental si quien la recibe piensa suicidarse?

—Es que no sabemos si Hitler se suicidó. No quedaron más pruebas que un montón de cenizas en un pozo. Algunos han dicho que logró huir a Sudamérica.

—Se dijo también que estuvo un tiempo en la Patagonia Argentina. Pero es un mito, Hitler nunca habría podido atravesar el cerco de los aliados.

—Hombre, tanto como eso no sé.

Le pregunté al catalán si conocía el domicilio de ese tal Gunter en Roma, para entrevistarlo. Para mi sorpresa, el viejo rebuscó en los bolsillos de su hábito hasta que encontró una ajada libretita. La consultó y no sólo me hizo anotar el domicilio de Gunter sino que se ofreció a concertarme una cita. Le preguntó al padre Ariel:

—¿Tienes celular internacional? Bueno, comunícame con Roma. Aquí tienes el número.

Mantuvo una corta conversación telefónica en idioma alemán. Se despidió en italiano para recomendarle:

—Toma nota, Gunter, toma nota: es el doctor Atanasio Polidoro. Atiéndemelo bien, mira que es un amigo. Que Dios te bendiga, padre, y pórtate bien con la autoridad papal.

### 3

Yo tenía que hacer escala en Roma para regresar a Buenos Aires, así que decidí quedarme en esa ciudad un par de días para entrevistarme con el padre Gunter.

Este sacerdote que, después me enteré, había sido suspendido en el ejercicio del sacerdocio por sus simpatías con el obispo separatista Marcel Lefebvre, vivía solitariamente en el centro de Roma, en proximidades de la Plaza de San Pedro. Se la pasaba encerrado leyendo y orando en un antiguo y descascarado departamento del primer piso de la calle Vicolo Cellini 18.

Lo ubiqué fácilmente porque se trata de una angosta callejuela sin aceras, de una sola cuadra de extensión, que comienza, como muchas otras parecidas, en la *Vía de la Conciliacione*. Me recibió amablemente y me convidó con un café recién preparado. Era un sujeto de edad indefinida, más bien bajo, calvo, de ojos claros y mejillas y nariz muy coloradas.

Mientras servía el café y hacía comentarios de ocasión sobre Tierra Santa observé cuidadosamente el entorno. Estábamos en una especie de biblioteca con miles de libros desordenados y polvorientos, muchos cuadros colgados, uno de Pío XII, otro que reconocí como el de monseñor Lefebvre y un tercero que no pude identificar. En un portarretratos pequeño, ubicado sobre una repisa, sorprendía la fotografía autografiada del actor y director australiano Mel Gibson. Conversamos en italiano.

—Así que usted es historiador.

—Así es —respondí

—Italiano, por el apellido.

—Descendiente de italianos, yo soy de la Argentina.

—¿Argentina...? —titubeó.

—La patria de la princesa Máxima —le aclaré por su condición de holandés, pero siguió mirándome con el ceño fruncido como si le estuviera hablando en chino.

—Maradona —dije entonces, sabiendo que ese nombre mágico lo ayudaría a ubicar a mi país.

—¡Ah, Maradona, Maradona! —exclamó alegre, mientras con el puño derecho daba golpes en el aire simulando el gol hecho con la mano a los ingleses.

Cuando uno es investigador de historia suele ser acosado por tentaciones muy potentes para obtener información privilegiada. Con todo, soy un hombre ético y mis ambiciones profesionales se vieron siempre limitadas a la utilización de medios lícitos y moralmente inobjectables.

Sin embargo, la experiencia de aquella visita me hizo verme bajo un haz de luz que jamás me había iluminado antes.

Cuando vi el cuadro de Lefebvre imaginé que el holandés Gunter debía de ser un hombre difícil para la Iglesia, seguramente anti judío y hasta filonazi. No diré que quise hacerle creer que yo compartía esas ideas, pero apliqué la estrategia de seguirle la corriente, de no discutirle ni contradecirlo en nada.

Conversamos durante más de una hora. O mejor dicho, habló él, que estaba desesperado por desahogarse del ostracismo al que lo tenían sometido sus superiores, y con mi complacencia pasiva llegó a creer que se hallaba ante un interlocutor inteligente que lo comprendía ideológicamente.

—Mire, padre —dije hipócritamente cuando tuve oportunidad—, yo siempre he creído que Hitler no estuvo muy alejado de la doctrina cristiana.

—No, para nada, se lo aseguro...

—Precisamente, el padre Ignasi me confirmó que antes de morir pidió confesar con un sacerdote franciscano.

—Sí, pero... aclaremos, no crea que haberse confesado ha sido un gran acto cristiano. Él pudo cambiar la historia, pero se acobardó... Yo creo que no fue adecuadamente elegido.

Estas palabras me descolocaron. ¿A qué se refería con que no había sido adecuadamente elegido? Iba a pedirle aclaraciones cuando sonrió ampliamente y me dijo en tono amistoso.

—Pero, tanto charlar y no le he preguntado para qué quería usted verme. Disculpe mi distracción.

Decidí tirarme al agua.

—Padre, usted conservó el cuaderno del padre Hans. Quisiera echarle una ojeada, si eso no contraría ninguna de sus convicciones.

Me miró fijamente con ojos escrutadores. Yo había obrado con cinismo e hipocresía durante una hora de charla, pero si fuese verdad que en ciertas ocasiones el fin puede justificar los medios, esa actitud mía sirvió eficazmente para que me tomara simpatía y confianza.

—¿Otro café?

—Con mucho gusto.

Mientras yo revolvía el azúcar él bebió un sorbo de su pocillo, se levantó pesadamente, fue hasta la biblioteca y trajo un cuaderno de tapa negra.

—¿Usted habla alemán?

—Ni lo hablo ni lo leo, apenas si mascullo, como ve, un poco de italiano.

—Bueno, entonces se lo presto para que lo mire. No me pida que le traduzca nada porque es un secreto de confesión. Usted comprenderá...

—Sí, sí, claro —dije mientras tomaba el cuaderno con manos temblorosas.

Eran, lo menos, cien páginas amarillentas de letra diminuta. Sentí desesperación por saber qué decía ese valioso documento. Nunca en mi vida estuve tan alterado y ansioso ante la vista de una prueba histórica llegada a mis manos. La letra era nerviosa, desapareja, por momentos inclinada hacia delante, por momentos se volvía morosa, alargada y se iba echando para atrás. Un grafólogo diría sin pensarlo mucho que quien escribió esas páginas vivía en una pesadilla perpetua.

Casi con angustia, debí devolverle el cuaderno a Gunter, quien, con cierta impaciencia, me lo sacó de las manos y lo llevó hasta su lugar en el tercer estante de la biblioteca.

—Se ha hecho tarde, ¿qué le parece si se queda a cenar?

—No sé, no quisiera abusar...

—Por favor, quédese, hace siglos que no hablo con una persona criteriosa y culta como usted. Nos tomamos unos vinitos...

—Bueno, acepto pero con la condición de que me permita ir a comprar el vino.

—Ah, ese privilegio no se le niega a nadie. Vaya y vuelva a eso de las siete. Traiga algún Cavernet Sauvignon. O mejor, dos. Tendré preparado un pollito al horno con papas.

Fui hasta un comercio cercano y compré una caja de buen vino que me costó la friolera de ciento veinte euros.

Cuando aparecí con la caja se le iluminaron los ojos.

—Las botellas que sobren quedan para usted como un regalo de mi parte.

—Usted es de los míos, no solo piensa bien sino que también le gusta el buen vino. Bueno, pase, vamos a comer.

La cena no fue mala. Gunter descorchó la primera botella. Las demás las fui descorchando yo, una tras otra. El cura se bajaba las copas de vino como si fueran de limonada. Yo bebí moderadamente y me ocupé de que su “cáliz” estuviera siempre rebosante.

Gunter hablaba sin parar. Con cada copa de vino soltaba más la lengua y me revelaba a borbotones sus ideas políticas y religiosas que eran confusas y totalmente insensatas. Yo asentía a todo y dejaba que siguiera convencido de que coincidía con sus locuras. El holandés mezclaba asuntos dogmáticos con la política de Berlusconi, despotricaba contra el Concilio Vaticano II y pasaba sin transición a comentar los protocolos de los sabios de Sión; hablaba de Jesús y tras cartón vituperaba contra la curia romana, pero enseguida pasaba a la crisis financiera internacional de la que culpaba a los judíos. Le festejé algunas sutilezas y le hice ocasionales preguntas para estimularlo a seguir hablando y bebiendo.

Cuando ya se había tomado la tercera botella comenzó a balbucear. Con la cuarta ya estaba totalmente borracho. Seguí llenando su copa mientras él hablaba cada vez más confusamente. Hasta que intentó levantarse de la mesa para enfatizar una irreverencia contra Pablo VI, tambaleó y cayó redondo sobre un sillón cuyos viejos resortes gimieron lastimeramente. Se puso a tararear *La cabalgata de las valquirias* y a gritar “¡Viva Lefebvre! ¡Viva Le Pen! ¡Viva Hitler!”.

Me da vergüenza escribirlo, pero yo, excitado y ávido como no me vi jamás en mi vida, repetía: ¡Viva!, ante cada una de sus exclamaciones, mientras me acercaba disimuladamente a la biblioteca.

Tomé el cuaderno del franciscano Hans, lo puse dentro de mi portafolio y me quedé junto a Gunter sirviéndole más vino y aguantándole la lata hasta que se durmió.

Me fui del departamento de la calle Vicolo Cellini casi corriendo, como lo haría un vulgar ladrón.

Al día siguiente abordé mi vuelo a Buenos Aires.

Tuve muchas horas para pensar en lo que había hecho. Pero como siempre se encuentran argumentos para justificar nuestros actos impro-



pios, me convencí de que el viejo Gunter ni se daría cuenta de lo que le habían quitado. Era una persona desquiciada, con ideas extremistas e incoherentes, tal vez producto de su alcoholismo o de alguna deficiencia mental. Poco a poco me fui convenciendo placenteramente de que el cuaderno de Hans era mucho más útil en mis manos que en la biblioteca de ese loco fascista.

#### 4

Ya de regreso en Buenos Aires tomé algunas decisiones. No haría traducir el cuaderno para preservar el secreto de mi “hallazgo”; afrontaría el estudio del complejo idioma alemán.

Antes que nada saqué una fotocopia de la primera página del cuaderno, la doblé y la guardé debajo del vidrio de mi escritorio con el propósito de hacerla analizar más adelante por un grafólogo.

En menos de una semana yo ya estaba cursando alemán junto a un pequeño grupo de colegas jóvenes.

Soy, creo, bastante inteligente y mi mente está muy adiestrada. Progresé en mi aprendizaje y no tardé en aplicar lo que iba aprendiendo a la lenta, laboriosa y apasionante tarea de traducir palabra por palabra el cuaderno de Hans.

El manuscrito comenzaba con una extensa introducción:

“El 25 de abril de 1945 las tropas norteamericanas y soviéticas se unieron cerca de Torgau, sobre el río Elba, cortando en dos el territorio de Alemania. Cuatro días más tarde, el 29 de abril, muy de madrugada, fui visitado por dos oficiales de la custodia de Adolfo Hitler, quienes me pidieron que los acompañara hasta el búnker del Führer porque éste quería hablar conmigo. La invitación me llenó de ansiedad, más aún cuando los enviados me recomendaron que llevara los elementos rituales para la confesión y comunión”.

Durante varias páginas el padre Hans se extiende en descripciones del búnker y en resaltar el clima de tensión que electrizaba el lugar. Las

personas van y vienen nerviosas, y el desánimo se refleja en las caras de civiles y militares. Cuenta que le sirvieron el desayuno en un comedor de oficiales y que debió esperar varias horas hasta que le anunciaron que podía pasar a los aposentos privados de Hitler.

Narra escuetamente cómo fue el encuentro, las palabras de saludo que pronunció el Führer al recibirlo, lo que le dijo acerca de saberse muy próximo a la muerte y su petición de confesar y comulgar.

Las páginas de introducción eran muchas, y el proceso de traducción, lento y tedioso. Pero como todas las descripciones eran importantes, fui avanzando disciplinadamente sin buscar atajos que me privaran de respirar, por así decirlo, el estado de turbación que invadía al sacerdote que tenía ante sí nada menos que al líder del Tercer Reich, arrepentido y dispuesto espiritualmente a confesar sus pecados.

Abrí un archivo en mi computadora y fui volcando allí cada frase que lograba traducir. En pocos meses mis progresos fueron notables. Nada se aprende tan rápidamente como lo que uno desea apasionadamente aprender. En menos de un año ya podía leer pausadamente un libro impreso. Pero como el cuaderno del padre Hans estaba escrito con una letra enrevesada y con una prosa confusa y reiterativa, la lectura fue inevitablemente dificultosa y muy lenta. Traduje pacientemente frase por frase, dejé en suspenso oraciones que no cerraban y finalmente comencé a pasar a la computadora los párrafos completos y comprensibles.

Cuando había logrado traducir más de veinte páginas que contenían meras descripciones y las primeras opiniones de Hitler relacionadas con la política internacional y los males que le esperaban a la civilización occidental, yo ya leía y anotaba casi de corrido.

Una tarde de mayo que no olvidaré jamás, el fantasmal Hitler que, gracias a mi avance en el dominio del alemán, ya estaba hablando fluidamente ante mis azorados ojos, comienza, casi abruptamente, a confesar sus pecados. Primero fueron cosas relativamente menores: infidelidades, incestos, perversidades familiares, inclinaciones sexuales impro-

pías y venganzas (que él llamaba, curiosamente, “actos de justicia”), contra políticos, secuaces y hasta familiares.

El primer estremecimiento lo tuve cuando Hitler menciona que los miembros de la Sociedad *Thule Gesellschaft*, a la que pertenecía, lo eligieron para ser el canciller de Alemania, y admite que los embaucó para valerse de su apoyo. ¡Se confirmaba parte de la leyenda que yo conocía!

Una angustia desconocida comenzó a atormentarme a medida que avanzaba en la lectura. Eran de tal magnitud los horrores que confesaba Hitler que empecé a entender por qué el sacerdote perdió la razón, y luego la vida, como consecuencia de aquel acto sacramental. En cierto momento tuve la sensación de que en vez de una confesión Hitler estaba haciendo una afirmación de sus ideas políticas, militares y raciales. No parecía que se estuviera arrepintiendo de sus monstruosidades. Hasta creí ver un indicio de orgullo en ciertas partes del relato, aunque era el orgullo amargo de un perdedor. ¿Se arrepentía de lo que hizo o se estaba lamentando por su fracaso?

Llegué a traducir el cuaderno hasta la mitad. Cada nueva página había ido perdiendo el encanto de una investigación apasionante para transformarse en una tortura que se volvía insoportable.

Paradójicamente no se me ocurre mejor comparación que la música del propio Wagner para describir aquella progresión demencial: era un continuo e interminable *crescendo* cromático, como en la *Muerte de amor de Isolda*, donde la orquesta aumenta la tensión dirigiendo una exasperante masa de sonidos hacia una resolución superlativa final que no parece llegar nunca y que sube, sube y sube en una espiral implacable. Pero en la *Muerte de amor de Isolda*, la resolución retardada trae un alivio al oyente, lo saca de su ansiedad y le provoca un deleite auditivo incomparable. En el caso del cuaderno de Hans, la progresión consistía en el aumento implacable del horror, de un horror punzante que presagiaba un clímax que ningún ser humano sensible podría soportar.

No pude seguir traduciendo. Me enfermé gravemente. Como vivo en soledad, algunos de mis compañeros de la universidad se encargaron de

internarme en un hospital psiquiátrico. Estuve meses con un cuadro maníaco depresivo que me hizo perder veinte kilos, pero respondí bien al tratamiento.

Lo peor vino después.

Cuando me dieron de alta y regresé a mi casa me di cuenta de que habían violado la cerradura. No me robaron dinero ni objetos de valor; sólo se llevaron mi computadora, el cuaderno del padre Hans que estaba guardado en una caja de seguridad que los ladrones abrieron como si fuera de lata, mis apuntes manuscritos y mi agenda.

Al mismo tiempo me entero, por un mensaje telefónico que me había dejado el padre Ariel García Lavallol, que el sacerdote holandés fue torturado y asesinado en su departamento de Roma, y que al padre Ignasi lo encontraron muerto, en condiciones dudosas, en su celda de Tierra Santa.

—¡Qué has hecho, Atanasio, qué has hecho! —gritaba la voz de Ariel desde Madrid— ¡Me prometiste discreción! Llámame, por favor.

Intenté llamarlo varias veces pero su celular estaba muerto. Casi vuelvo a enfermarme.

Aunque jamás mencioné a nadie la existencia de la confesión de Hitler, no había dudas de que estas novedades estaban relacionadas con la pista de dicho documento. Había dos posibles explicaciones: que yo haya delirado o hablado en sueños durante mi internación inducido por la medicación, o bien que el Mosad (o agentes de la Sociedad *Thule Gesellschaft*, si es que todavía existe) detectaran la conversación telefónica entre el anciano Ignasi y el holandés Gunter que seguramente era un permanente sospechoso.

Con el tiempo he ido superando el miedo. Ahora creo que a los sujetos que cometieron esos crímenes y allanaron mi casa no les interesa mi persona, sólo querían llevarse el cuaderno de Hans y todas las notas que yo había acumulado. Seguramente se dieron cuenta de que yo no había llegado a traducir más que la primera parte de ese cuaderno, por lo tanto no pude enterarme de lo más importante de esas confesiones: la resolu-

ción de aquella progresión cromática wagneriana que mató al padre Hans.

Al haber perdido el cuaderno, mi computadora y todos mis apuntes, me quedé sin ninguna constancia para formular una tesis seria. Pero inesperadamente, azarosamente, apareció ante mis ojos una prueba irrefutable. Fue como una sonrisa del destino.

¿Cuál fue esa prueba? La fotocopia de la primera página del cuaderno que guardé plegada bajo el vidrio de mi escritorio y que había olvidado completamente.

Los que violaron mi casa no la vieron, y yo la tuve ante mis ojos durante meses sin advertir su existencia. Hasta que un día, por pura casualidad, fijé la mirada sobre el rectángulo blanco, distraídamente, pensando en otra cosa. Y se me paralizó el corazón.

Pero hubo otra extraordinaria coincidencia: yo tenía abierto sobre mi escritorio un libro con los facsímiles de los manuscritos de Hitler. Intuitivamente aproximé la fotocopia para cotejar las caligrafías. El resultado fue el vértigo de una caída al vacío: el cuaderno de Hans había sido escrito ¡por el propio Adolfo Hitler!

Cuando logré serenarme pude reconstruir los increíbles hechos como realmente ocurrieron.

Hans no llegó ni a verlo a Hitler, lo mataron appena ingresó en el búnker. El *Führer* se afeitó el bigote, se puso el hábito del sacerdote, se calzó sus austeras sandalias y fue llevado al convento con la cabeza y parte del rostro cubiertos por la capucha. Permaneció sin hablar y se encerró en su celda simulando padecer una grave perturbación mental. Allí escribió la falsa versión de una confesión que nunca existió. ¿Por qué lo hizo? Tal vez para justificar su aislamiento o para evitar asedios y preguntas. O —es posible— para mantenerse ocupado inventando una fábula burlesca que terminó siendo, al correr de la pluma, una arrogante exaltación de sus megalomanías, y, quizás (esta posibilidad me aterra), el trazado de nuevos y demenciales planes futuros.

Las cenizas que encontraron los soviéticos cuando tomaron el búnker debieron de pertenecer a los cadáveres de Eva Braun y del padre Hans. Hitler esperó que Eva Braun masticara la cápsula de cianuro en cumplimiento de lo que pactaron entre ellos, pero luego le faltó el valor para hacer lo propio. Entonces urdió el plan de la confesión y escogió, entre varios sacerdotes conocidos, al que más se le asemejara físicamente.

Si las cosas ocurrieron así, habrá que aceptar con resignación que Hitler logró escapar con vida de los aliados.

Un supersticioso se consolaría pensando que de quien no pudo escapar fue de Belial, que le licuó el seso y se lo llevó a su tenebroso reino.

Pero como yo no soy supersticioso, mis conclusiones son menos tranquilizadoras: no fue Hitler quien murió en el monasterio de Israel víctima de un accidente cerebro vascular. Hubo un chivo expiatorio también para esa ocasión.

Tengo una memoria prodigiosa para los detalles. Recuerdo que el anciano Ignasi, cuando nos habló de la posible destrucción del cuaderno por el propio Hans, agregó una coletilla imprudente, tal vez en un descuido senil o acto fallido. Dijo en catalán: “...o l’hi haurà portat amb ell”, que en español es: “...o se lo habrá llevado con él”. ¿Cómo un muerto se iba a llevar un cuaderno? Esta incuria verbal revela que el viejo sabía que el padre Hans no era otro que Hitler disfrazado y que, con o sin el cuaderno, se había fugado de Israel.

¿Complicidades eclesiásticas, tramas siniestras con mucho dinero en juego, pactos políticos inimaginables entre las potencias aliadas?

No me consta nada de eso.

Pero estoy en condiciones de afirmar que alguien con mucho poder lo sacó a Hitler de su búnker poco antes de la rendición alemana, lo mantuvo oculto varios años en un convento de Berlín, lo refugió por un tiempo en el lugar menos sospechado del mundo, el Estado de Israel, y

lo envió finalmente hacia los confines de la vasta y complaciente Sudamérica.